

**LA FORMACIÓN TEOLÓGICA DEL LAICADO, COMO PROTAGONISTA DE
LA EVANGELIZACIÓN EN AMÉRICA LATINA**

JORGE EFRAÍN NOREÑA GARCÍA

**UNIVERSIDAD PONTIFICIA BOLIVARIANA (UPB)
CONSEJO EPISCOPAL LATINOAMERICANO (CELAM)
INSTITUTO TEOLÓGICO PASTORAL PARA AMÉRICA LATINA (ITEPAL)
BOGOTÁ
2013**

**LA FORMACIÓN TEOLÓGICA DEL LAICADO COMO PROTAGONISTA DE
LA EVANGELIZACIÓN EN AMÉRICA LATINA**

JORGE EFRAÍN NOREÑA GARCÍA

Trabajo de Investigación para optar por el título de Licenciado en Teología Pastoral

Asesor

Pbro. Dr. Germán Medina Acosta

**UNIVERSIDAD PONTIFICIA BOLIVARIANA (UPB)
CONSEJO EPISCOPAL LATINOAMERICANO (CELAM)
INSTITUTO TEOLÓGICO PASTORAL PARA AMÉRICA LATINA (ITEPAL)**

BOGOTÁ

2013

NOTA DE ACEPTACIÓN

Presidente del jurado

Jurado

Jurado

Bogotá, febrero de 2013

TABLA DE CONTENIDO

INTRODUCCIÓN	10
 CAPÍTULO PRIMERO	
LA FORMACIÓN DEL LAICADO EN LA PRAXIS DE LA IGLESIA	13
 1. La praxis formativa de Jesús	13
1.1. La enseñanza en la época de Jesús	13
1.2. La formación de Jesús y sus métodos pedagógicos	15
1.3. La originalidad de Jesús como maestro	17
 2. La praxis formativa de los Padres apostólicos y de los Padres de la Iglesia	20
2.1. En los Padres apostólicos	20
2.2. En los Padres de la Iglesia	22
 3. La praxis formativa de la Iglesia a partir del Vaticano II y del Magisterio latinoamericano	26
3.1. El Concilio Vaticano II y la formación del laicado	27
3.2. Enseñanza eclesial latinoamericana y la formación del laicado	29
 4. Criterios para una nueva praxis formativa del laicado	31
 Síntesis Conclusiva	34
 CAPÍTULO SEGUNDO	
FUNDAMENTOS BÁSICOS DE LA TEOLOGÍA DEL LAICADO	37
 1. Dignidad del laicado en la Iglesia y en el Mundo	38
1.1. La condición bautismal y sus implicaciones	39

1.1.1.	Hijos de Dios en el Hijo	39
1.1.2.	Incorporados a Cristo	40
1.1.3.	Miembros del Pueblo de Dios	41
1.1.4.	Discípulos de Cristo	43
1.2.	La primacía del laicado	44
2.	Vocación del Laicado en la Iglesia y en el Mundo	46
2.1.	Significado teológico	47
2.2.	Significado temporal	47
2.3.	Significado misional	49
3.	Misión del laicado en la Iglesia y en el Mundo	49
3.1.	Un asunto de fidelidad	50
3.2.	Un asunto de corresponsabilidad	51
3.3.	Un asunto testimonial	53
	Síntesis Conclusiva	56
 CAPÍTULO TERCERO		
ALGUNOS ACENTOS EN LA FORMACIÓN DEL LAICADO		
	EN AMÉRICA LATINA	58
1.	Claves teológicas de la formación	59
1.1.	La inmersión en la vida del ser humano	60
1.2.	La inmersión en la Palabra de Dios	61
1.3.	La inmersión en la Enseñanza de la Iglesia	64
1.4.	La inmersión en la teología de la misión	65
2.	Horizontes formativos del laicado	67
2.1.	Madurez humana del laicado	68
2.2.	Madurez cristiana del laicado	69

2.3.	Madurez misionera del laicado	71
3.	Dimensiones para una formación basilar del laicado	74
3.1	La dimensión biográfica de la formación y sus métodos	74
3.2	La dimensión catecumenal de la formación del laicado	77
3.3	La dimensión permanente de la formación del laicado	79
	Síntesis Conclusiva	82
	CONCLUSIÓN GENERAL	84
	BIBLIOGRAFÍA	87

SIGLAS

AA	Concilio Vaticano II (1965). Decreto <i>Apostolicam Actuositatem</i> .
AG	Concilio Vaticano II, (1965). Decreto <i>Ad Gentes Divinitus</i> .
CCE	Catecismo de la Iglesia Católica. Compendio.
ChL	Juan Pablo II, (1988). Exhortación apostólica post-sinodal <i>Christifideles Laici</i> .
CIC	Código de Derecho Canónico, (1994).
CNBB	Conferencia Nacional de los Obispos de Brasil.
DA	V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano (2007). Documento de Aparecida.
DCE	Benedicto XVI (2005). Carta Encíclica <i>Deus Caritas Est</i> .
DH	Concilio Vaticano II (1965). Declaración <i>Dignitatis Humanae</i> .
DI	Benedicto XVI (2007). Discurso inaugural de Aparecida.
DM	II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano (1968). Documento de Medellín
DP	III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano (1979). Documento de Puebla.
DR	I Conferencia General del Episcopado Latinoamericano (1955). Documento de Río de Janeiro
DV	Concilio Vaticano II, (1965). Constitución <i>Dei Verbum</i> .
EAm	Juan Pablo II, (1999). Exhortación Apostólica post-sinodal <i>Ecclesia in América</i>
EcS	Pablo VI, (1964). Carta encíclica <i>Ecclesiam Suam</i> .
EN	Pablo VI (1975). Carta encíclica <i>Evangelii Nuntiandi</i> .
GS	Concilio Vaticano II, (1965). Constitución <i>Gaudium et Spes</i> .
IL	<i>Instrumentum Laboris</i> para el Sínodo de obispos sobre la nueva evangelización. (2012).

LG	Concilio Vaticano II, (1964). <i>Constitución Lumen Gentium</i> .
Lm	<i>Lineamenta</i> del Sínodo de obispos sobre la nueva evangelización. (2012).
NMI	Juan Pablo II, (2001). Carta apostólica <i>Novo Milenio Ineunte</i> .
PCL	Pontificio Consejo para los Laicos, (1979).
SC	Concilio Vaticano II, (1963). Constitución <i>Sacrosanto Concilium</i> .
SD	IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. (1992) Documento de Santo Domingo
VD	Benedicto XVI, (2010). Exhortación Apostólica <i>Verbum Domini</i> .

RESUMEN

El Concilio Vaticano II volvió a descubrir al Pueblo de Dios como una “totalidad y la corresponsabilidad de cada uno de sus miembros” (Suenens, 1968, p.27). A partir de la anterior afirmación, este trabajo de investigación pretende indagar acerca de la formación del laicado cristiano en la Iglesia con el fin de valorarla, redimensionarla y potenciarla.

En primer lugar, se verifica brevemente la historia de la praxis formativa del laicado desde Jesús, los Padres Apostólicos, y los Padres de la Iglesia; luego en el acontecimiento renovador del Concilio Vaticano II para culminar con la praxis eclesial actual.

En segundo lugar, se presentan los aspectos fundamentales de la teología del laicado, con el fin de indicar los ejes formativos básicos, que lo lleven a realizar en el espíritu de Cristo su misión en la Iglesia y en el mundo hoy.

Por último, se proponen algunos acentos de formación teológica del laicado, que favorezcan en ellos, una mayor conciencia de su identidad, vocación y misión, particularmente en América latina.

PALABRAS CLAVE: Iglesia. Pueblo de Dios. Laicado. Formación. Praxis. Corresponsabilidad. Servicio. Dignidad. Vocación. Misión. Comunión. Participación.

INTRODUCCIÓN

El presente trabajo de investigación busca responder fundamentalmente a la siguiente pregunta: ¿Cómo formar teológicamente al laicado para que tome conciencia de su determinante corresponsabilidad en la vida de la Iglesia? La experiencia pastoral permite constatar que el laicado en su mayoría es temeroso para ejercer su compromiso cristiano y evangelizador. No sabe qué, por qué y para qué celebra y la falta de suficientes elementos doctrinales no le permite abrirse con facilidad al diálogo con el mundo que lo rodea y con los miembros de otros credos, que fue el sueño hace casi cincuenta años del Vaticano II. El problema está en que al laicado no se le ofrece una formación adecuada, cuyo acento está meramente en lo nocionístico e instrumental y no en lo fundamental y transformador, (cfr. Pinheiro, 1995, p.77).

Una de las grandes preocupaciones al estudiar el laicado ha sido la tímida participación de este en la misión de la Iglesia. Y es que el verdadero protagonista en la misión evangelizadora del laicado es sin lugar a duda la formación teológica adecuada y adaptada para la época actual. En atención a lo anterior se quiso dar al trabajo investigativo el título de “la formación teológica del laicado como protagonista de la evangelización en América latina”.

A la luz de la Sagrada Escritura se valora que Jesús a través de los apóstoles y de forma especialísima por medio de Pablo fue formando la comunidad, arriesgada y valiente en el cumplimiento del mandato del Señor (*Mt 28,19-20*). Luego se destaca la Patrística, que aunque el acento estuvo más en la predicación, también se interesaron en que los cristianos tuvieran fundamentos doctrinales claros para la conservación y defensa de la sana doctrina. La historia verifica que en el medioevo se marca un gran abismo entre la jerarquía y el laicado por lo que la formación teológica de este último se redujo a la más mínima expresión.

Afortunadamente los últimos cincuenta años han sido marcados por el acontecimiento renovador del Concilio Vaticano II, que recuperó el papel discipular y misionero del laicado en la Iglesia. En nuestro contexto latinoamericano no se puede ignorar el gran valor de las diferentes conferencias episcopales que se han reunido en diversos pueblos y que haciendo eco al Concilio también han sabido dar al laicado el puesto que le pertenece en la vida y misión de la Iglesia. El último valor lo tiene el aporte teológico actual consignado a lo largo del presente trabajo, afirmando que el laicado hoy más que nunca no sólo aprende, sino que también ha de estar capacitado para enseñar, (Brown, 1986).

Teniendo en cuenta lo anterior se formula construir en este trabajo investigativo una propuesta de formación teológica del laicado a partir de sus reclamos y sus necesidades formativas en la actualidad y de las precisiones fundamentales de la teología del laicado, con miras a contribuir al redescubrimiento y proyección de su ser y quehacer en la Iglesia y en el mundo. Se ha hecho necesario constatar si la formación que se ofrece en la Iglesia al laicado responde a sus necesidades formativas y si contribuye al descubrimiento de su ser y misión en la Iglesia al servicio del Reino de Dios. La formación cristiana contemporánea ha de conducir al laicado a recuperar su rol en el pueblo de Dios, para hacerse corresponsal en la misión de la Iglesia, que debe terminar en una experiencia comunitaria, (cfr. PCL, 1979, p.64). La gran utilidad será sin lugar a dudas la conversión de las estructuras y a través de ellas a la conversión del laicado. La doctrina que se estudia y que se orienta ya no tiene deferencias, es igual para todos y con todos, (cfr. Lohfink, 1986, p.189).

Esta investigación básica de nivel explorativo pretende indagar sobre un tema muy actual en el campo de la eclesiología. El método teológico aplicado ha sido el inductivo que comienza por ver a Dios en cada una de las realidades, para luego juzgarlas según Jesucristo y finalmente actuar desde la Iglesia (cfr. DA 19.240). En otras palabras analizar, discernir y aplicar (cfr. García, 1998). Este método llama la atención porque la característica de la teología es ser una disciplina para la vida. En el desarrollo de la investigación se han consultado fuentes esenciales: Sagrada Escritura, Tradición y Magisterio, y algunos

teólogos expertos en el tema. También se ha explorado en otros textos teológicos y artículos de revistas especializadas en la materia estudiada.

Finalmente la investigación se estructura en tres grandes capítulos: uno histórico, otro teológico y el último práxico- pastoral. Los resultados obtenidos serán en primer lugar haber revisado la praxis formativa del laicado en la Iglesia, primero desde la Fuente, Cristo y luego explorando épocas de trascendencia eclesial hasta nuestros días. En segundo lugar haber planteado las bases teológicas del laicado en la Iglesia y derivar de ellas ejes fundamentales que ayuden a la formación del laico. Tercero, haber propuesto algunas acentuaciones que permitan valorar y redimensionar la oferta instructiva del laicado en la Iglesia latinoamericana.

Quedarán abiertos nuevos horizontes para otras investigaciones profundizando en temas de gran interés y novedad, como la corresponsabilidad en la misión de la Iglesia, que es el alma de la pastoral del siglo XX y de los siglos venideros, (cfr. Ninot, 2007, p.306). La primacía del laicado, que da al laico la posibilidad de ser primer sujeto en la vida eclesial, (cfr. Bravo, 1988) y otro tema para mí de gran impacto como es el de no hablar más de manera fragmentada de los sacramentos de iniciación cristiana, sino referirse más bien como un todo a “el gran sacramento de iniciación cristiana”, (Aldazábal, 1990). Esto contribuirá a que el laicado se interpele, se construya y se prepare para enseñar con la vida. Este parece ser una de las grandes perspectivas del Sínodo sobre la nueva evangelización. (IL 118; Lm 7).

CAPÍTULO PRIMERO

LA FORMACIÓN DEL LAICADO EN LA PRAXIS DE LA IGLESIA

La Quinta Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, afirma lo siguiente: “Conocer a Jesucristo por la fe es nuestro gozo; seguirlo es una gracia y transmitir este tesoro a los demás es un encargo que el Señor al llamarnos y elegirnos, nos ha confiado”. Con este texto voy a adentrarme en la primera parte de este trabajo investigativo, en la cual se pretende hacer un breve recorrido por la praxis formativa de la Iglesia. Primero, “miramos a Jesús, el Maestro que formó personalmente a sus discípulos y misioneros” (DA 18.276); luego se confirma si los primeros apóstoles y los padres de la Iglesia fueron fieles al estilo de formación que el Señor les sugirió. Después de explorar en las fuentes, se va directamente al Concilio Vaticano II y a la Enseñanza eclesial latinoamericana, culminando con algunos aportes de la teología actual y de esta manera lograr una visión general de lo que ha sido la praxis formativa del laicado en momentos de gran trascendencia de la vida eclesial.

1. La praxis formativa de Jesús

En este primer apartado se va a considerar el contexto en el cual Jesús se formó; cómo fue la enseñanza de su época; los métodos utilizados y el método utilizado por Jesús; luego se presenta la originalidad de la enseñanza del Maestro Jesús, para formar a sus discípulos.

1.1 La enseñanza en la época de Jesús

Bravo (2006), nos recuerda que en el Pueblo de Israel tres eran los lugares clásicos de enseñanza. Primero la casa paterna; las niñas eran preparadas por sus madres para el matrimonio y el manejo de la casa, aunque parece que algunas mujeres privilegiadas, recibían alguna educación. El padre o patriarca enseñaba a los niños y a la familia a

practicar la justicia y la rectitud y era prácticamente una obligación de los padres educar a sus hijos. (*Gn* 18,19; *Dt* 11,18-19; *Sal* 78,3-4; *Ef* 6, 4). El contenido de esta enseñanza eran los principios de Sabiduría, para tener una vida buena; es un claro ejemplo de la instrucción paterna; también enseñaban la Ley, historia, liturgia (*Pr* 4,1-27; *2Tm* 3,14-17). La gente leía y escribía y aprendían un oficio para incorporarlos al mundo del trabajo, oficio que normalmente era el mismo que el padre desempeñaba.

Los padres utilizaban métodos basados en preguntas y respuestas; (*Ex* 12,26s; *Dt* 6,20-21); otra forma era la enseñanza directa; (*Ex* 13,8; *Dt* 4,9); y otro método era el de la memorización, tal vez el más elemental en la casa paterna; (*Dt* 26,5-10); por ejemplo, el Credo de Israel, era obligación aprenderlo de memoria y para ellos utilizaban la expresión “grabar o guardar en la tablilla o en el corazón”. Una característica propia de la enseñanza judía, era la “disciplina”, para ellos sinónimo de “educación”, de “severidad”, “corrección”, “reprensión”, “escarmiento”; (*Pr* 23,13-14.24; 29,15).

El segundo lugar para la enseñanza hebrea, era la sinagoga. Después del exilio de Babilonia, ya no sólo los sacerdotes, sino que todo israelita, debían cumplir los mandatos del Señor, o la Ley o la Torah; y esto como respuesta a Dios, por haberlos traído de regreso a su tierra; (*Ne* 10,29-30; *Esd* 7,25). La Ley aparece como la forma más hermosa de ilustración y la más necesaria y para aprenderla se reunían en la sinagoga para ser escuchada y grabarla en la memoria. El tercer lugar de la formación judía, era **la escuela**, era la menos común, pero muy diversa. Los padres o los alumnos escogían un maestro y algunos se iban a vivir en la casa de ese maestro, allí se reunían o en un lugar determinado e incluso en lugares públicos; (*Pr* 1,20-21; 8,1-3).

Eran diversas las escuelas: unas eran llamadas “escuelas proféticas” (*2R* 6,1); otras “escuelas del Santuario”, por ejemplo donde Elí formaba a Samuel; “casa de instrucción”; (*1S* 1-3; *2R* 12,3); “escuela sapiencial” y otras escuelas básicas, para la enseñanza de lo elemental en escritura, lectura y aritmética. También había unas escuelas de alto nivel llamadas “escuelas laicas”, en la que se formaban y se preparaban las tareas del gobierno, y

en la diplomacia a los hijos del Rey y los de los miembros de la Corte y de las familias más importantes.

En síntesis, la educación en el siglo *I d.C.* se centraba en el estudio de la Ley y los Profetas y en ello, como buen judío, era especialista Jesús. En efecto, Jesús en un proceso de formación personal, crecía y se fortalecía en estatura, en gracia y en “sabiduría”. En un acto de reconocimiento de la razón autónoma del hombre, se les pierde a sus padres para ir a los doctores de la ley, a quienes hacía preguntas y expresaba con claridad sus inquietudes (*Lc 2,40.46*).

1.2 La formación de Jesús y sus métodos pedagógicos

Jesús tuvo una educación elemental básica, pero se duda si recibió una enseñanza superior, por eso la gente se preguntaba y no se explicaba de dónde la venía toda esa sabiduría; (*Mt 13, 53-55; Mc 6,2; Jn 7,15*); lo cierto es que el conocimiento bíblico lo obtuvo de su casa, de la escuela elemental, y de la escuela atenta en el culto sinagogal. La verdad no se sabe si Jesús escribía, pero de lo que si se esta bien seguro, es de que leía y conocía las enseñanzas de la ley mosaica y de los profetas (*Lc 4,16-30*) y cuando encontraba controversia cuestionaba ¿no han leído? (*Mt 19,4; 21,16.42; 22,31; Mc 2,25; 12,10.26; Lc 6,3*) y se deduce que los destinatarios de Jesús también podían leer. Sin duda alguna José su padre fue el primer instructor (*Mt 11,27; Jn 5,19-20; 10,15*). Hay fe de que estuvo en la Sinagoga, conoce y recita el *Shemá*, habla de Abraham; (*Dt 6,4; Mt 22,37; Mc 12,29; Lc 4,16; 10,26*).

Bravo (2006), nos ofrece once métodos pedagógicos de la enseñanza de Jesús. El primero las parábolas: era un método habitual del mundo hebreo, utilizado para confrontar ideas, pues no hacen referencia a doctrinas, sino a comportamientos. Segundo las sentencias: de larga historia en el mundo judío; son para memorizar (*Mt 6,21; Lc 12,34*) “porque donde está tu tesoro, allí está también tu corazón”, sólo por dar un ejemplo. Tercero las imágenes: algo connatural en la mentalidad semita; por ejemplo los relatos de la Creación; para un hebreo la imagen representa otra realidad, que está más allá de ella

misma. Las imágenes son el vehículo de expresión de las realidades más profundas del ser humano; expresan lo profundo de la realidad.

A la interioridad del ser humano sólo se puede acceder a través de imágenes, eso es lenguaje poético; (*Mt* 7,15-17.21-23) “los falsos profetas”; “lobos disfrazados de ovejas”; “el árbol bueno se conoce por sus frutos”; “no todo el que me dice Señor, Señor...”; “como una gallina reúne a sus polluelos”, etc. (*Mt* 23,37).

Cuarto las preguntas: ¿Quién es tu prójimo? ¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero...? Siempre se ha dicho que aprender a preguntar es signo de madurez. En la pregunta se respeta al interlocutor, pues se confía en su capacidad de reflexión y de respuesta. Quinto citas de la Sagrada Escritura: Jesús cita e interpreta la Escritura, para defender los derechos de Dios y los derechos de los seres humanos; (*Mt* 7,12; 12,3-4; *Lc* 24, 13-35). Sexto propio testimonio: es el método más significativo de su enseñanza; es un verdadero maestro, de esos que enseñan lo que viven y viven lo que enseñan; (*Mt* 11,28-29; 20,24-28; 23,3; *Mc* 10, 41-45; *Lc* 22, 24-27).

Séptimo, la denuncia: esta denuncia la hace anunciando por el propio testimonio; pues su vida auténtica, fue por sí misma una denuncia sólida, consistente e irrecusable; (*Mt* 15,1-9). Octavo, exposición o enseñanza directa, método en el que expone simple y llanamente sus pensamientos, por ejemplo, cuando anuncia su pasión, la recompensa a quienes le siguen, la enseñanza acerca del servicio, entre otras (*Mc* 10, 28-30.35-45; *Jn* 13, 1-15). Noveno enseñanza situacional: que son instrucciones a partir de unas situaciones concretas, que están ocurriendo en el momento; (*Mt* 12, 46-50; *Mc* 3,31-35; *Lc* 8,19-21); ¿Quién son mi madre y mis hermanos?; ¡Dejen que los niños vengan a mí!; (*Mt* 19, 13-15; *Mc* 10,13-16; *Lc* 18,15-17).

En el décimo método encontramos los giros sorprendentes: Jesús aplicó de manera sorprendente, innovadora y creativa sus enseñanzas y sus métodos, pero es en este método donde, encuentra su lugar el ingenio, la rapidez mental, la perspicacia, la chispa, el humor, el absurdo, incluso forzar la lógica y hasta romperla, por ejemplo en la parábola del Buen

Samaritano; (*Lc* 10, 25-37). Allí el legista pregunta ¿Quién es mi prójimo? Y Jesús responde preguntando ¿Quién fue el que se comportó como prójimo del necesitado? Jesús lo arrinconó con la parábola y lo remata diciéndole ¡Vete y haz tú lo mismo!; en otras palabras, “fue por lana y salió trasquilado”; (*Mt* 16,25; *Lc* 9,24; 11,27-28; 17,33).

El último método que nos presenta el autor, son las actitudes de Jesús maestro: puesto que entendió al otro en cuanto otro, respetándolo en cuanto tal; Él no impone, invita a la reflexión, a pensar, se abre al diálogo. Valora a sus destinatarios; y para esto es necesaria la capacidad de observación. Aquí hay una enseñanza contextualizada o una “enseñanza encarnada”; (*Mt* 8,10; 15,28; *Mc* 12,34); tener autoridad sin ser autoritario; pues cuando hay dobleces, es difícil enseñar con la actitud, (Cfr. Arturo Bravo. 2006, p.69-120).

Todo esto y mucho más hizo Jesús en unos pocos años, y su influencia se ha extendido de forma duradera a lo largo de la historia. No se trató de un fugaz y fortuito relámpago que aconteció en algún momento, sino más bien de un sin igual proceso de amistad y amor que aunque de forma lenta en su transmisión, ha iluminado toda la historia de la humanidad.

1.3 La originalidad de Jesús como maestro

¿Pero qué era lo que diferenciaba a “Jesús Maestro” de los otros maestros de su época? A esta cuestión voy a responder basado en el artículo “originalidad del mensaje de Jesús frente al judaísmo” de Maximiliano García (1985). La enseñanza judía, era cerrada, Jesús la abre a todas las naciones (*Mt* 28), pues los judíos seguían considerándose como el “único pueblo elegido” y además “propiedad exclusiva de Dios” (*Dt* 7,6-9; *Ex* 4,22). Jesús tomó todos sus conocimientos e ideas de las Escrituras, pero lo más sublime y novedoso en la enseñanza de Jesús, fue su doctrina moral; en este aspecto reside la fuerza de Jesús. El elemento de su enseñanza, no es el aspecto social, sino moral; se dirige a los pecadores: “he venido a buscar lo perdido”, (*Mt* 9,12-13).

Si se suprimieran de los evangelios, los milagros, las expresiones místicas, sobretodo aquellas de “Jesús Dios” y se guardaran sólo los preceptos morales y las parábolas, los evangelios serían uno de los más maravillosos códigos de la humanidad; una moral universal; de hecho hay quienes dicen que la moral de Jesús, es “una de las joyas más preciosas de la literatura judía de todos los tiempos”. Como Sócrates puso en cuestión el lado intelectual de la persona humana, Jesús puso su causa del lado moral y los dos fueron ejecutados. Jesús hace caer la frontera entre pecadores y justos, (cfr. García, 1985).

Veamos en concreto las características más significativas de la nueva enseñanza del nuevo maestro. La nueva concepción de familia, más universal y desligada de los lazos de sangre, enseñando que la vida es una vocación, una llamada a servir al enfermo, al marginado “Quiénes son mis hermanos y mi madre? ¡Los que cumplen la voluntad de Dios! (Mt 12,49). Jesús perfecciona la concepción del Templo, trascendiendo lo meramente material, el verdadero templo es Él mismo, la vida misma, algo que aprendió muy bien Pablo ¿A caso no saben que son templos del Espíritu Santo? (1Co 3,16-17). Jesús perfecciona la interpretación de la Ley, insiste en la “interiorización de la Ley en el que el amor constituye el elemento decisivo y motor” (García, 1985, p.443).

Jesús actúa como un nuevo “*Rabbi*”, su mensaje no se reduce a un pequeño grupo de iniciados, de adherentes o discípulos, la actitud de Jesús se parece más a la de los antiguos profetas que transmitían y enseñaban como portavoces directos de Dios. (Is 6,1s; Jr 1,4s; Ez 1, 1,); es un nuevo tipo de enseñanza (Mc 1,27; Lc 4,36). El maestro Jesús empalma con el Bautista, pero sin amenazas apocalípticas (Mt 7,12), sino que adopta un tono insinuante apelando a lo más íntimo del corazón del ser humano que ansía la felicidad y así en el “Sermón del Monte” inicia su enseñanza con los bienaventurados, los pobres, los que sufren, los hambrientos, los perseguidos; esto era un tono y una enseñanza totalmente nueva y muy original; algo idílico, desconocido de los antiguos profetas y de los rabinos de la época. (García, 1985, p.446).

Algo muy nuevo y que nadie antes se había atrevido a declarar, era anunciar la llegada de algo nuevo (Lc 16,16) y en su manera de hablar tenía conciencia de ser superior

a las grandes figuras del Antiguo Testamento, como Abraham, Salomón, Jonás. (*Mt* 12, 42; *Lc* 11,27-31; *Jn* 8,56.58) y algo inaudito en este época “los cielos y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán” (*Mc* 13,31; *Lc* 21,33). Cambió las leyes fundamentales: talión, divorcio, alimentos impuros; nunca nadie se había atrevido a tanto y mucho menos llamar a Dios “Padre”, “Mi Padre” (*Mt* 16,17); pero un profesor de la universidad Hebrea de Jerusalén, afirma que la originalidad de Jesús no hay que verla en la crítica a la Ley Judía, sino en el mandamiento más radical del Amor (Universal), de la predicación de una moral renovada y de su concepción del Reino de los cielos; por ejemplo el “amor a los enemigos”, es propiedad exclusiva del Maestro Jesús. (García, 1985, p.492).

Cuando Jesús inició su misión, la primera preocupación, fue verificar la desorientación en que se hallaban quienes luego serían sus enviados; (*Mt* 9, 36); por tal motivo, comienza a enseñar en la sinagoga y les dice que no se dejen engañar (*Mt* 13,54; 24,4). Desde aquella época el mensaje evangélico ha sufrido grandes oposiciones, que en el transcurrir de los años desaparecen y vuelven a surgir bajo nuevas formas, pero que son tales oposiciones, lo que constituye y da fuerza a la auténtica civilización cristiana. Quizás lo anterior hace eco al clamor de Oseas en el Antiguo Testamento: “languidece mi pueblo por falta de conocimiento” (*Os* 4,6). Por eso “la preocupación de Jesús, radica indefectiblemente, en formar sus discípulos, preparándolos para conocer la realidad del pueblo y reflexionarla (*Mt* 14, 16; *Mc* 8,27-29; *Lc* 13,1-5; *Jn* 6,5); los preparaba para reconocer los efectos de la misión a la cual los enviaba (*Mc* 9,28-29; 10,13-15; *Lc* 9,46-48; 10,20)” (cfr. *Mesters*, 1992).

“El Maestro enseñaba por medio de parábolas, y a sus discípulos, personalmente, les explicaba con toda claridad el sentido de cada una de ellas (*Mc* 4,1-33; 8,21); aunque a veces les reprochaba su falta de comprensión (*Mt* 11,1; *Mc* 9,30-32; *Lc* 24,25-27) siempre les preparó muy bien para enfrentar el conflicto” (*Mt* 10; *Mc* 2,19; 6,31; 7,12-13; *Lc* 11,1-4; *Jn* 4,7-14), (García, 1985, p.439).

2. La praxis formativa de los Padres apostólicos y de los Padres de la Iglesia

Después de explorar en la Fuente principal que es Jesús maestro, en este segundo punto se quiere confirmar si los primeros apóstoles, sus primeros sucesores y los Padres de la Iglesia fueron fieles al estilo de formación practicado por el mismo Jesús.

2.1 En los Padres apostólicos

Los apóstoles desde el principio se reunían en casas para formar comunidades, fueron ellos quienes nos indicaron los elementos básicos para vivir como Iglesia del Señor: la oración, la *enseñanza*, y la solidaridad. (*Hech* 2,42). Los Apóstoles incondicionalmente estaban relacionados con el exterior, y como fruto de la oración y de la enseñanza, en toda su vida se hallaban al servicio del prójimo. Así, se evidencia que, el modelo de formación cristiana es completamente lejano a todo modelo de severidad y dureza. Quienes seguían a Jesús, en la medida en que crecían en el conocimiento de sus enseñanzas, crecían también las pruebas. Eran fuertemente cuestionados en sus postulados más profundos, a lo que debían responder con claridad y firmeza. Pedro, por ejemplo, exhorta y manifiesta la gran necesidad, de que todos sin excepción, demos razón de nuestra esperanza y de nuestra fe, a quienes así lo pidan, (*1P* 2,9; 3,13-17). San Pablo ofrece textos claves para favorecer la formación del laicado y expresa el deseo urgente de una vida nueva, actitudes nuevas, ya que la apariencia de este mundo, pasa como un aerolito, (*Rm* 6,4; *1Co* 7,29-31; *Flp* 3,20). En sus cartas pastorales, recomienda la necesidad de formarse para guardarse de confusiones y oponerse con argumentos a falsas doctrinas o enseñanzas. (*2Tm* 3, 1-17).

Es así, como “todos los discípulos sin excepción, pueden cooperar en la función docente de la Iglesia (*Mc* 1, 36). Si bien Pedro recibe el poder de atar y desatar (*Mt* 16, 19), los otros también (*Mt* 18, 18); Si bien Pedro es roca, todos son fundamento (*Ef* 2, 20). Desde ahí se ve claramente, que sin disminuir el aspecto jerárquico, hay ante todo un principio comunitario;

todos juntos formamos un único principio de acción;
 todos nos edificamos”. (*Rm* 14, 19; 15,2; *1Ts* 5, 11; *1P*
 2, 5-9). (Congar, 1963, p.340).

Centremos nuestra atención en el “principio comunitario”. Ciertamente los discípulos de Jesús siguieron al pie de la letra las enseñanzas y los métodos de su maestro y por eso también lo que los diferenciaba de los otros discípulos de la época, era su actitud frente a los pobres y excluidos. Como Jesús fue obediente al Padre, ellos lo fueron con su maestro Jesús; ellos fueron formados por Jesús para la misión y ellos a su vez iban formando las personas y las comunidades también para la misión y envolviéndolas en la misión (*Mc* 8,15). Los formó para ir contra la mentalidad equivocada de la época, (cfr. Mesters, 2010).

Los judíos enseñaban un Dios déspota, que vigilaba y lo encontraban sólo en la Ley; Jesús enseñó a sus discípulos a caminar en la presencia de Dios, encontrando a Cristo en todas partes. En el contexto del “Rey Antíoco”, los discípulos comprendieron muy bien las enseñanzas de Jesús para quien “Dios es el único Rey” (*1S* 12,12; *Jn* 18,33-37). Los discípulos entendieron muy bien, lo que Jesús les enseñó acerca del Reino de Dios (*Mt* 5), que “no es para destruir, sino para restaurar, perdonar y sanar”, (cfr. Riches, 1997).

Digamos que ese principio comunitario, estaba dado en la persona de Jesús y en su gran novedad como maestro. En el judaísmo los discípulos escogían a su maestro y este los aceptaba sólo si estaban bien avanzados en los estudios; Jesús, por el contrario, escogía Él mismo a sus discípulos y no eran los mejores (*Lc* 5, 27-32); es más, se dirigía a todo el pueblo de Israel y especialmente a los desconocedores de la Ley; Jesús no excluía a nadie, era totalmente incluyente; los alumnos rabinos se comprometían con “algo” en cambio los discípulos de Jesús, se comprometían con “alguien”, (*DA* 131); con su propia persona y es esta la clave para construir “comunidad” en torno a Jesús; (*Mt* 10,39; 16,25; *Mc* 8,34-35; *Lc* 9,24; 17,33). Jesús no los prepara para que luego sean maestros, sino “para estar con Él” (*Jn* 1,39); el discipulado es una condición permanente. (Bravo, 2006, p.58).

Jesús, como Maestro, los llama a un seguimiento, a hacer comunidad con Él, y no simplemente a estar cerca al maestro, a escucharle, a observarle, con el fin de aprender la Torah; sino que la “comunidad de vida”, significa que el discípulo comparte de la vida y la suerte de Jesús (*Mt* 10,38), se forma una nueva familia de hermanos y hermanas, que es ella misma, signo del Reino; los apóstoles descubrían en la enseñanza de Jesús, algo único; no sólo serían discípulos, sino que poco a poco, por el “camino” se convertirían en su familia. (cfr. *Lohfink*, 2004, p.54).

Los discípulos formados por los rabinos, debían aprender no sólo mediante la docencia del maestro, sino también en la convivencia diaria con él; esto era sirviendo a su maestro en todos los menesteres; un rabino famoso llamado Jochanan, afirmaba: “Quien impide a sus alumnos que le sirvan, es como aquel que les niega el amor” y algo extraño para la época, fue lo que Jesús hizo en la última cena “prohibió a sus discípulos que le sirvieran” (*Jn* 13, 1-20; *Lc* 22,27; *Mc* 10,45); “Él estaba en medio de ellos, como el que sirve”; “no ha venido a que le sirvan, sino a servir”; sin duda alguna esta enseñanza se grabó tan profundamente en la comunidad de los discípulos, que más tarde calificaron cada cargo, u oficio como “*diakonía*”; “ministerio” o “servicio”. Con Jesús aprendieron a formar comunidad, entrando en una nueva relación con Dios, a través de su seguimiento, que se traduce en maternidad, hermandad y filiación ante Dios Padre. (*Ibíd.* 2004, p.57).

2.2 En los Padres de la Iglesia

Los primeros apóstoles al transmitir lo que recibieron, avisan a los fieles que conserven la Tradición aprendida (*2Ts* 2,15). Ya decíamos en el aparte anterior que la “figura paterna” era clave en la educación de los hijos, por eso hoy nosotros debemos mirar a los Padres de la Iglesia que permanecieron fieles a las enseñanzas de Jesús Maestro y de sus discípulos. El método de los Padres era más magistral, tal vez en este aspecto no fueron tan fieles a los métodos empleados por el Maestro de Nazareth; ellos enseñaban a través de sus homilías, muchas de ellas de gran elocuencia y a través de cartas que compartían con los más cercanos y estos a la vez las iban compartiendo. Los padres son padres en el sentido

de ser testigos y hermanos; la transmisión oral de sus enseñanzas era el método principal de los Padres. (cfr. Patiño, 2005, p.13).

La actividad de los Padres de la Iglesia ha contribuido a transformar el tradicionalismo sustancial del mundo antiguo (el del padre Señor) en una tradición portadora de novedad (padre progenitor de la fe) y promotora de una cultura más vasta (padre autoridad doctrinal y literaria); luego padre literato, padre exegeta, padre teólogo, padre fósil, padre testigo, entre otros. Un rápido recorrido por lo que fue el contenido de la formación cristiana del laicado en la patrística, confirma que la Iglesia ha sido y es gran promotora de cultura (Ibíd. p.23).

En el siglo I, aparecen los escritos más antiguos, especialmente el de los “Padres apostólicos”, como la carta de Clemente a los Corintios, en el año 95. Fue en esta carta donde aparece por primera vez el término “laicado”, aunque sólo para designar a un simple fiel distinguiéndolo del sacerdote, como miembro de un “pueblo inferior” y después de Constantino se abre mucho más la brecha entre clérigos (seres espirituales) y laicos cristianos ordinarios (seres carnales). (cfr. *Danielau*, 1964, p.9). En el siglo II, aparecen las enseñanzas de otros Padres apostólicos, como San Ignacio de Antioquía, San Policarpo; ellos invitaban a la subordinación al prójimo, conforme al carisma que haya recibido. Luego llega la apologética con Justino e Ireneo de Lyon.

En el siglo III, aparecen las primeras escuelas teológicas, con Hipólito, Tertuliano y Cipriano; aquí empezó a entretorse un cambio. La formación del mal llamado “hombre carnal” empezó a vigorizarse y era especialmente atendida pero en vista de su función como educador. En efecto hubo laicos formados, que dirigían escuelas de prestigio, como en el caso de Orígenes de Alejandría. Al laicado se le enseñaba lo esencial del dogma y la

moral, eran llamados para predicar en las iglesias, daban a conocer el mensaje evangélico y trabajaban por el progreso de la comunidad. (cfr. Gaudemer, 1985).

En el siglo IV, es la era Constantiniana; aparece la obra maestra de Eusebio de Cesarea, San Atanasio, San Juan Crisóstomo, quien invitaba con frecuencia a los fieles a estudiar las Escrituras; además afirmaba que “la regla más perfecta del cristianismo, es buscar lo que puede ser útil para la comunidad, nada nos hace mejores imitadores de Cristo, como el preocuparnos por los demás...nada tan vano, como un cristiano que no se aplica a salvar a los demás” (cfr. Congar, 1963, p.374.409.436).

Pero fue aquí donde la frontera laicado-clérigo, se hizo muy rígida. Por ejemplo en el año 595, se prohíbe al laicado servir al Papa y León Magno les prohíbe enseñar o predicar y todo esto a pesar de que en el año 380 las llamadas “Constituciones Apostólicas”, declaran que el laicado es también Iglesia elegida de Dios, una multitud santa, que autorizaba al laicado a enseñar. (Constituciones II, 26, 1, VIII, 32).

En el siglo V, aparecen grandes controversias teológicas por lo que se reúnen los Concilios de Éfeso (431) y Nicea (451). En esta época surgen teólogos brillantes como Justino, Tertuliano; otros muchos, comenzaron su trabajo teológico siendo laicos como Basilio, Cipriano, Jerónimo, Agustín. No había lugar a la distinción entre una cultura religiosa reservada a los clérigos y una cultura profana reservada al laicado, **no existía más** que una cultura puesta al servicio de Dios. En siglo VI, aparecen nuevas controversias cristianas. Por lo que se reúne el Concilio de Constantinopla, aquí se consolidan las primeras literaturas nacionales cristianas. En el siglo VII, decae el arte como expresión del mensaje cristiano, aunque se difunde el canto gregoriano. Es la época en que nace el Islam.

En el siglo VIII, San Juan Damasceno, defiende los iconos, como expresión de la enseñanza cristiana. Luego el siglo IX, se caracteriza por el Renacimiento y termina aquí la Patrística, dando paso a la Escolástica, que va hasta desde finales del siglo IX, hasta el siglo XV donde termina prácticamente el Medioevo.

Como bien logramos ver brevemente, la formación cristiana pasó por distintas fases de desarrollo en la medida en que el mensaje se difundía cada vez más. A raíz de las múltiples confusiones humanas, la formación cristiana cambiaba radicalmente por el sentido ciudadano de cada uno de los pueblos y la cultura. Después de la oración y la caridad, la educación adquirió un lugar preminente en la vida de los hombres de Dios; por eso fue, que los primeros escritores cristianos desarrollaron la idea de ilustrar el tema del “verdadero camino”, el que conduce al ser humano hasta la última meta. “Se trata como de una especie de Calzada del Rey (*Nm* 20, 17; 21,22), como de una ruta directa, de un trazado preciso, que los israelitas se preocuparon en no desviar, ni a la derecha, ni a la izquierda. Ahora los verdaderos discípulos siguen la vía recta aunque estrecha – Cristo- que es la senda de la virtud” (*Ibíd.* 1963 p.178).

Los aportes teológicos de los Padres de la Iglesia fueron estructurando la formación cristiana en un proceso de inculturación, definido como “la íntima transformación de los valores culturales, mediante su integración en el cristianismo y en el enraizamiento del cristianismo en las diversas culturas” (Patiño, 2005, p.117); y desde ahí se va consolidando cada vez más que Cristo, Dios hecho hombre, es el centro de la vida del discípulo. Jesucristo es la fuente de todas las expectativas de vida válidas para el individuo.

El Hijo de Dios, que hubo de prolongarse a lo largo de toda la historia; el paradigma de humanidad, de la vida externa e interna, como estructura vertebral de todo progreso y desarrollo espiritual, es unión cultural entre Judíos y Cristianos, es la persona que abarca la totalidad de la existencia. Cristo Jesús es el educador del hombre; jóvenes y viejos, acuden a Él para fundamentar sus hábitos cívicos y espirituales. Jesús de Nazaret es el lugar de la verdadera formación humana. (*DA* 292.380). Es la libertad propia de toda vida cristiana. (*EAm*.8).

De Lubac (2002), afirma que en general los Padres de la Iglesia se opusieron a toda distinción radical, en su base, entre diversas categorías de cristianos o de toda clase de espíritu de castas, dando a entender que todos aprendemos y todos enseñamos; no hay que distinguir entre una Iglesia enseñante y otra enseñada, pues se dirá que toda Ella cree,

espera y ama a su Señor y espera su llegada. Vale la pena recordar nuevamente al gran San Agustín cuando decía: ‘Con ustedes soy cristiano’ (p.78).

En síntesis, se puede decir que la formación cristiana en los Padres de la Iglesia fue abarcando no sólo criterios referentes a la Eclesiología, sino también a la Antropología. La instrucción eclesial y antropológica se hallaban unidas en la praxis cristiana para éste fin: renovar insistentemente la persona, para transformar el ideal de Iglesia. En efecto, “una verdadera eclesiología, incluye una verdadera antropología, ya que la Iglesia es un grupo de seres humanos, que se abren al llamamiento de Dios, por lo tanto, constantemente se reforma al hombre para reformar constantemente la Iglesia”. (cfr. Congar, 1992).

3. La praxis formativa de la Iglesia a partir del Vaticano II y del Magisterio latinoamericano

De la Escolástica medieval a Trento, simplemente se transmitieron dogmas, preceptos, normas y en general nociones ya elaboradas por la teología para dar cuenta del misterio de la fe, (cfr. Catão, 2008). La verdad este no es el interés primero de este trabajo investigativo, por tal motivo ahora quiero centrar la investigación desde América Latina, y acercarme a la praxis formativa en nuestro entorno latinoamericano y del Caribe. Para ello es indispensable explorar antes que nada en el Concilio Vaticano II, “el regalo más grande del Espíritu Santo, no sólo para la Iglesia, sino para toda la humanidad” (Espeja, 2010, p.9). Luego centraremos la atención en las diferentes Conferencias Latinoamericanas y del Caribe, que hicieron eco a la enseñanza conciliar, aplicándola a nuestra cultura y en cada una de ellas descubrir la preocupación y el aporte para la formación cristiana del laicado en nuestro continente.

3.1 El Concilio Vaticano II y la formación del laicado

El espíritu de la educación en la patrística, quizá lo exprese mejor que nada el Concilio Vaticano II, que concibe al Pueblo de Dios como un Cuerpo. Clero y feligresía se unen, como principios constitutivos de la Iglesia que peregrina en el mundo. Se trata ahora

de una formación que comprende en los fieles tanto el cultivo de su dimensión antropológica como espiritual: una vida en Cristo, como el sentido moral y social. Ambos aspectos son igual de predominantes.

La Palabra de Dios, la Liturgia y el Mundo son los instrumentos esenciales de ésta educación que aunque inicialmente de tipo minoritario, germinan en frutos de conversión a la manera de la Semilla del Reino en el mundo y llegan a ser patrimonio espiritual de todos los hombres libres que tienen anhelos de Verdad. El gran deseo de Juan XXIII, al convocar el Concilio fue el de “capacitar la Iglesia”, para afrontar épocas modernas y compleja (Cfr. Constitución convocatoria del Concilio n.5).

Una visión general y rápida del Concilio nos recuerda que La Iglesia (*Lumen Gentium*), bajo la Palabra de Dios (*Dei Verbum*), celebra los Misterios de Cristo (*Sacrosantum Concilium*), para la Salvación del Mundo (*Gaudium et Spes*). (Cfr. Relación Final del Sínodo.1985 p.85). Dicho de otra manera: El Concilio dio la opción por una Iglesia comunal (*LG*), teniendo la primacía de la Sagrada Escritura (*DV*), la centralidad en la Liturgia, particularmente en la Sagrada Eucaristía (*SC*), para entrar en un diálogo amistoso con el Mundo contemporáneo y con otros credos (*GS*).

El Concilio trajo consecuencias teológicas –eclesiológicas, como una Iglesia comunal, donde el Bautismo produce una unidad ontológica de todos los miembros, (*Rm* 12,4-5; *1Co* 12,13; 15,28; *Ef* 4,5; *Ga* 3,29; *Co* 3.11), que permite hablar de “unidad en la diversidad” o unipluralidad; luego una Iglesia toda ministerial; todos somos ministerialmente diferentes; pero no hay que confundir la unidad con la uniformidad (*Jn* 17,21), ante todo se respeta la iniciativa del otro, reconocimiento del otro, (cfr. *Rezende*, 2007). El Vaticano II resalta la idea de ‘Pueblo de Dios’, recuperando así la tradición patristica y litúrgica más antigua; redescubriendo la dimensión carismática de todo el

pueblo de Dios, esto es la riqueza y la variedad de los dones que el Espíritu Santo, distribuye en cada bautizado, en vistas de la utilidad común. (LG 4.7).

Se hace, entonces, necesario insistir en que “Dios siempre ha llamado al laicado a dejarse guiar por el Evangelio, para que desde dentro como el fermento, contribuya a la santificación del mundo, mostrando a Cristo a los demás; el laicado coopera y toma parte activa en la misión salvadora de la Iglesia, predicando con eficacia la fe en la que se espera, profundizando el conocimiento de la verdad revelada y pedir a Dios la sabiduría”. (LG 31.33.35).

Por otra parte, se manifiesta otro fenómeno en el laicado, que en el afán de liberarse del clérigo, desborda las funciones que le competen y se atribuye ministerios que no le corresponden. En atención a esto, es importante aclarar que “los laicos al dedicarse a los asuntos públicos han de enseñar con claridad la doctrina cristiana y han de cooperar en la formación de la conciencia, velando que se conserve la sana doctrina”, (AA 14.17.20.24). Éste Decreto, en la última parte, resalta “la necesidad de formación, con la cual el laicado aprenda a mirar, a juzgar y a actuar a la luz de la fe; formación que le ayude a entablar diálogo sobre el valor de los bienes temporales y sobre las obras de misericordia”, (AA.29.30).

Finalmente se desarrolla la cultura cristiana en un sentido cada vez más intelectual, y da lugar a una educación de carácter más elevado y trascendental. Dados los cambios vertiginosos e intensos en la vida de los hombres y la realidad social que los afecta, se debe ejercer influencia con nuevos métodos que vaya más allá de los métodos de formación cristiana elemental. Recuérdese, cómo “Juan XXIII, formuló tres preocupaciones de fondo, en las cuales se ha de formar a nuestro laicado: apertura y diálogo con el mundo moderno, unidad de los cristianos, y la Iglesia de los pobres” (Espeja, 2010, p.14.).

Pero los cambios más profundos se experimentaron en la educación y la formación cristiana del laicado, cuando se le da un giro a la perspectiva, orientación y lenguaje del Concilio. La mayor complejidad de la vida cristiana en el mundo hizo necesaria una nueva

visión, sobre todo para la intervención activa de los fieles en la vida de la Iglesia. “Sí a la misericordia y al diálogo”. “No a la severidad y a la condenación”. Dicho de otra manera, “fue un alto valor del Concilio Vaticano II cambiar la fórmula clásica de los anteriores Concilios, preocupados prioritariamente de mantener la integridad de la fe, ante nuevos errores, sino también la forma de mirar al mundo, no como un muerto putrefacto, sino como un viviente que ciertamente padece enfermedades, pero que pueden y deben ser curadas”. (*Ibid.*p.88).

3.2 Enseñanza eclesial latinoamericana y la formación del laicado

Una mirada general sobre lo que ofrece el la Enseñanza Episcopal Latinoamericana y del Caribe, será muy útil para la comprensión de la importancia de la formación para la participación del laicado en las actividades eclesiales.

Si bien Rio de Janeiro, tenía otras preocupaciones en aquel momento, sin embargo, logró expresar la necesidad de “formar la conciencia de los fieles”, para que ellos descubran y asuman su posición dentro del cuerpo místico de Cristo y así mismo se entusiasmen y descubran el valor sublime y la grandeza de vivir, trabajar y luchar por Cristo. (*RJ* 43-44). La experiencia de Dios, el sentido de la vida eclesial y sacramental, alimentan la vida espiritual de aquellos que se abren al misterio del Amor. Quienes se acercan a Cristo no sólo descubren un estilo de vida, descubren más bien el arte de vivir. En Cristo se hacen plenos todos los anhelos humanos.

La Conferencia de Medellín, percibió la débil integración del laicado en la Iglesia y citando la *Populorum Progressio* (n.81) declara que el laicado ha de “penetrar de espíritu cristiano, la mentalidad y las costumbres; las leyes y las estructuras en que viven”. El laicado, tiene que hacer que la Iglesia acontezca en el mundo, en la tarea humana y en la historia. (*DM* (10)5.9.12). Permear de Amor y Esperanza todos los espacios de la vida del hombre. Que ninguna manifestación de asociación humana desconozca la acción de Dios en la vida del hombre. Es preciso y urgente que los postulados eclesiales se trasladen del papel a la acción.

Avanzando a Puebla, se encuentra una mayor valorización al menos de la necesaria participación del laicado en la Iglesia. (DP 125.177). El documento destaca que el laicado está inmerso como nadie en la familia, en la educación, en los medios de comunicación social, en la política; campos donde deben buscar el bien común, la promoción de la dignidad humana, la protección de los más débiles, la paz, la libertad y la justicia, pero para ello es muy necesaria una sólida formación humana en general, doctrinal, social y apostólica. Es más, el documento afirma que la formación de los laicos es un derecho y no un favor que la Iglesia hace en ellos. (*Ibíd.* 792.794).

Puebla acogiendo los cambios que se habían dado y que han ido operando en el cristianismo latino, propone ampliar los cauces de la participación laical. Pero consciente de que la participación cristiana no se impone por decreto, desencadena una reforma educativa que vincule la formación del laicado por nuevas sendas alrededor de la dignidad humana, la justicia y la libertad.

Luego el documento de Santo Domingo, es mucho más claro en “reconocer los reclamos que de su formación hace el laicado”, especialmente los más comprometidos, manifiestan esa gran necesidad, puesto que la mayoría de ellos aún no son capaces de guiar con criterios evangélicos, los ámbitos del trabajo, de la economía, la política, la ciencia, el arte, los medios de comunicación social, la literatura; y además la deficiente formación del laicado lo priva de dar respuestas eficaces a los tremendos desafíos actuales de la sociedad. (SD 95.96).

Finalmente en esta breve visión general de la Enseñanza eclesial latinoamericana, se encuentra el documento de Aparecida, quien recuerda primero, que “Jesús formó a sus discípulos”, por lo que hoy en día es muy importante también “favorecer la formación cristiana de un laicado, capaz de actuar como verdadero sujeto eclesial y competente interlocutor entre la Iglesia y la sociedad y la sociedad y la Iglesia”. La conferencia manifiesta, que la coherencia fe-vida, depende de la formación de conciencia del laicado, que respondan a las preguntas y aspiraciones de hoy (DA 276. 497ª505.517).

El Papa Benedicto XVI, nos recuerda que: “El discípulo, fundamentado así en la roca de la Palabra de Dios, se siente impulsado a llevar la Buena Nueva de la salvación a sus hermanos. Discipulado y Misión, son como las dos caras de una misma medalla; cuando el discípulo está enamorado de Cristo, no puede dejar de anunciar al mundo que sólo Él nos salva (*Hch* 4,12). En efecto el discípulo sabe que sin Cristo, no hay luz, no hay esperanza, no hay amor, no hay futuro”. Finalmente algo bien importante que resalta el documento, es que en la medida en que nuestro laicado, tenga una óptima formación cristiana, podrá participar activamente del discernimiento, de la toma de decisiones, de la planificación y ejecución de los dispositivos pastorales de la diócesis y de la parroquia. (*DA* 146.371). Por éste motivo el nuevo documento propone la interiorización y vivencia del mensaje cristiano y encarga a las comunidades diocesanas particulares la formación esmerada y urgente del laicado. El reto fundamental que afrontamos hoy, es formar cristianos discípulos y misioneros, que respondan a la vocación recibida y comuniquen el don del encuentro con Cristo. (*DA* 14). No se aprende a ser cristiano, motivado por una mera idea, sino por el “encuentro con un acontecimiento, con una Persona que da un nuevo horizonte a la vida” (*DCE*. 1).

4. Criterios para una nueva praxis formativa del laicado

Congar (1963), hace casi cincuenta años declaraba algo que hoy resuena con más fuerza: “tenemos al frente un laicado despierto a la conciencia de su pertenencia y de sus responsabilidades en la Iglesia; es como un adolescente que crece y empieza a hacer preguntas y a actuar en la vida. Nosotros hemos de responder con una buena formación” (p.18). La formación cristiana generalmente se ha malentendido y se ha empobrecido en lo que se podría denominar como “profesionalización” en términos académicos, o aprender conocimientos y teorías a la manera de las actividades académicas universitarias. Pero el cristianismo no es una carrera que se sustenta en los certificados de créditos aprobados a la manera moderna del cientificismo. (*DA*. 131.212). Por otra parte existe otro problema:

Siempre ha habido una lucha entre los que todo lo saben
y los que todo lo ignoran. En la actualidad es bueno y

muy válido hablar de la Iglesia que enseña (*ecclessia – docens*) y la Iglesia que aprende (*ecclessia – discens*); en cuanto aceptemos que los miembros de ambos grupos clérigos-laicado, son movibles; es decir, que en algún momento todo cristiano, debería ser parte de la Iglesia que aprende e igualmente todos deberíamos formar parte de la Iglesia que enseña. (Brown, 1986, p.44).

La Iglesia Latinoamericana necesita cuestionarse mucho sobre qué es saber y obrar. Es muy distinto saber teóricamente postulados y actuar y hacer efectivas las acciones del perfecto amor a través del trabajo esmerado y desinteresado. En la vida eclesial es elemental ir siempre a la base y poder descubrir cuál era la Iglesia que Jesús quería. Éste cuestionamiento se lo hizo *Gerard Lohfink* (1986); quien confirma que “todo empieza con Juan Bautista, el precursor, quien prepara la llegada del Señor; luego Jesús escoge a sus discípulos para formarlos (*Mc* 3,13-19; 6,7-13), e inaugura con ellos “el Reino de Dios”. Ciertamente, el único sentido de toda la actividad de Jesús, es la “reunión” del escatológico pueblo de Dios. Jesús nunca diseñó una enseñanza para los más cercanos y otra para el común, sino una doctrina igual para todos” (p.17-21).

Es conveniente, a éste respecto, volver a la base, no sólo evangélica, sino también patristica, pues cuando una comunidad está bien formada, se toma en serio el Evangelio. Basta recordar por ejemplo a los cristianos de los tres primeros siglos, quienes eran capaces de argumentar y defender con vehemencia la sana doctrina. Tal es el caso de Orígenes:

Dios hizo que nacieran por doquier comunidades que contrarrestaran a las comunidades de personas supersticiosas, disolutas o injustas; pues de gentes de esas características se componen, casi por doquier, las grandes masas de ciudadanos que forman las comunidades urbanas, pero las comunidades de Dios, en

las que Cristo es maestro y educador, son como “luces celestes en el mundo” (Contra Celsum III, 29).

Establecer la relación entre la reflexión cristiana y el proceso formativo en el laicado es un reto hoy. No es tanto la sistematización del Evangelio, cuanto el desentrañar el sentido de ese Mensaje para el hombre actual. Los esfuerzos teológicos deberían preocuparse mucho más por ahondar en el sufrimiento y la felicidad del cristiano. ¿El Cristiano contemporáneo es feliz? ¿La doctrina cristiana le aporta respuestas sólidas al desasosiego que los hombres experimentan? Con todo el cristianismo no es más que una propuesta, porque a Cristo no se le impone, se le propone. “La Iglesia siempre ha sido y será una divina sociedad de contraste, que jamás utiliza la violencia, sino los claros argumentos; más aún, la praxis es el mejor argumento en favor de la verdad; la verdadera praxis, conlleva a una verdadera enseñanza”. (Lohfink, 1986, p.172.189).

En esta investigación hay una tesis bien interesante del Cardenal Suenens, consignada en su obra “la Corresponsabilidad de la Iglesia hoy”, escrita después del Vaticano II y que creo tiene mucha fragancia. Él parte de un interesante cuestionamiento del Papa Pablo VI, en la apertura de la segunda sesión del Concilio: ¿Cómo podemos transmitir en formas nuevas la herencia recibida de la antigüedad o de un pasado reciente?; y es que “el pensamiento humano se despliega de una manera progresiva, de tal forma que se pasa de una verdad conocida, a un conocimiento científico elaborado de modo más racional; y por lo tanto es innegable, que nuestra sociedad está cambiando radicalmente ideas, costumbres, economía, cultura, vida social, incluso sentimiento religioso.

El Cardenal Suenens, cita la siguiente frase de T.S. Eliot: “*We shall not cease from exploration and the end of all our exploring will be to arrive where we started and know the place for the first time*”, invitando a no olvidar la base, puesto que la Tradición de Cristo nunca pasa, pero los católicos nos encontramos enfrentados cada vez más a hombres y mujeres más cultos, más creyentes, más conscientes de los valores propios de su religión; por esto ha de desaparecer progresivamente una forma un poco romántica de representarse la evangelización. (Suenens, 1968, p. 24-26.45).

En conclusión, el cardenal afirma que el mundo de hoy es un mundo moderno, magnífico, complejo, terrible y atormentado. Esto requiere una presencia del verdadero amor en el mundo con una profundidad nueva. El laicado ha de ser cooperador de la verdad (3Jn 8), evangelizar y santificar (*Mt* 5,16; *1Co* 9,16; *2Co* 5,14; *AA* 6), estando al mismo tiempo en el mundo y en la Iglesia; sin duda alguna que es el laicado el que debe cristianizar lo temporal y evangelizar el mundo.

El Laico tiene necesidad de aprender a ver el mundo y la cultura, los medios de comunicación, con una mirada crítica y evangelizada. El cristianismo es vivir y no sólo acumular conocimientos. Vivir y Amar es el verdadero oficio y fin de la formación Laical. El laicado es la mayoría, por eso tiene una parte inmensa de corresponsabilidad, en el mantenimiento, la difusión, el crecimiento de la fe que el laico tiene que vivir y proclamar; la totalidad de los fieles tienen la unción; están enriquecidos con sus dones y carismas y muy a menudo tienen una mayor experiencia de la vida del mundo de hoy. (*1Jn* 2,20.27; *1P* 2,5; *LG* 12). Se puede decir que es tan íntima la relación entre la vida cristiana y la formación, que si esta no nos lleva a aquella, lo más que hará es formar autómatas, robots de la teoría, pero nunca personas que puedan interpelarse a sí mismas y mucho menos construirse con los otros (*Lm*, 7).

Síntesis conclusiva

Es muy conveniente ir atrás y mirar las maravillas que Dios ha obrado a través de los tiempos. Si no se tiene como referencia a las fuentes, no se podrá buscar y ofrecer una formación cristiana óptima para el laicado; es de gran prioridad conducir siempre a los fieles a la “Acción Santa de su Señor” (*DA* 5), para encontrar caminos hacia una formación cristiana del laicado, que lo lleve a redimensionar su papel fundamental en la vida de la Iglesia.

Sin duda alguna Jesús es el Maestro de maestros y desde luego insuperable, por su estilo, por su novedad, por sus métodos formativos creativos y aplicados en el momento oportuno. Su originalidad está en ofrecer una enseñanza incluyente, es decir, abierta a

todos sin discriminaciones, (*Lm*, 10); con su ejemplo enseñó a sus discípulos, a vivir como hijos del Padre y puso toda su fuerza en la doctrina moral, expresada concretamente en el Amor; pero lo más original y hasta utópico de Jesús está cuando enseñó “el amor a los enemigos”; eso si, respaldado con su testimonio de vida, (*IL*, 118).

Los apóstoles y los padres de la Iglesia, el equipo de formación más cercano a Jesús, siguieron las directrices del maestro, pero el valor de ellos fue el de crear un “principio comunitario” por el que todos juntos como sarmientos, nos educamos y nos construimos unidos a la Vid (*Jn* 15), para conocer, seguir y anunciar no una doctrina, sino una Persona, no para enseñar algo, sino a Alguien, (*DA* 131). Los cristianos nacen a través de la fe en Jesús y a Él deben continuar vinculados para permanecer con vida, (*Ap* 21,5). Un constructor normal construye, termina y luego sólo queda en el recuerdo; pero Jesús es un constructor muy especial, porque, es “principio vitalizador”, que siempre permanece y que garantiza la relación personal y duradera con el dador de vida, que viene de Dios. El amor por los compañeros cristianos de cada uno es esencial para la supervivencia de la Iglesia (Brown, 1986, p.87).

El Concilio Vaticano II, capacitó a la Iglesia en el diálogo, en la comunión, en la participación y en la misión; apertura a otras religiones y apertura al mundo y a su cultura. Todo el documento es una “brújula” en este vasto océano del tercer milenio, (*NMI*.57). Otro valor inmenso del Vaticano II, fue el de recuperar el sentido del Pueblo de Dios, como una “totalidad” y en consecuencia la “corresponsabilidad”, de todos sus miembros, para ver, juzgar y actuar, (Suenens, 1968, p.27).

Luego cada una de las Conferencias Episcopales Latinoamericanas y del Caribe, dieron su aporte, pues se preocuparon por la formación cristiana del laicado; educar sus conciencias, formarlos para permear de Amor y esperanza todos los espacios de vida humana; la formación cristiana del laicado es plataforma de más participación, de comunión y de dinamismo en la misión; formar al laicado, trae como fruto, que pueda responder a los desafíos que presenta el mundo de hoy; y formar para ser auténticos discípulos y misioneros del Maestro Jesús.

Finalmente la Teología actual también apunta a volver a las fuentes y a las bases fundamentales de la formación cristiana del laicado, para volver a ser todos “corresponsables” de la misión evangelizadora enseñada y encomendada por el Señor. La mayoría de los teólogos también respaldan un principio comunitario, que sin duda alguna, fue la gran preocupación de Jesús Maestro. El Pueblo de Dios, no fue fundado por Jesús, pues ya tenía una historia y trayectoria; lo que hizo Jesús con sus enseñanzas, fue “volver a reunirlo y restaurarlo”; aquí entra en acción el llamado “perfil escatológico”, el Reino de Dios que acomete; más aún, Jesús irrumpe en la historia del Pueblo de Dios y lo reúne para el Reino de Dios. De aquí deriva una familia de hermanos y hermanas, así como Jesús los reunió en un pequeño círculo de discípulos, comunidad ideal, iniciación del “Israel Escatológico”, donde no hay lugar para la represalia, para las estructuras de dominio; este es el camino para una auténtica formación cristiana del laicado, (Lohfink, 2004, p.82).

CAPÍTULO SEGUNDO

FUNDAMENTOS BÁSICOS DE LA TEOLOGÍA DEL LAICADO

En el primer capítulo, se ha tenido una visión general e histórica del papel que el laicado ha jugado en la historia eclesial con sus logros y deficiencias, pero ante todo y de acuerdo al interés de este trabajo de investigación, se ha explorado brevemente, en la manera como se ha formado, para ser partícipe, colaborador y corresponsal en la obra de la Iglesia al servicio de la humanidad.

El núcleo central del presente capítulo, está en la definición muy actual que se ha hecho de la teología del laicado y a partir de ahí profundizar, en los fundamentos básicos del tal teología, en el hoy de la Iglesia, y derivar algunos ejes fundamentales que ayuden a la formación del laicado. Hoy se está hablando más que nunca de la urgencia de una “nueva evangelización”; de hecho el próximo sínodo que se reunirá en el mes de octubre, se dedicará a este tema y hoy la teología del laicado se perfila como “instrumento básico para la nueva evangelización” (cfr. Pelliteros, 2004).

Hablar de una teología del laicado hoy, es “restituir su dignidad, su vocación, y su misión”; “no hay que olvidar que en su origen, toda la Iglesia es de “índole secular” y a partir de ahí se puede traducir el papel del laicado en servicio y misión al mundo” (*Pié-Ninot*, 2007, p.293.297). Los Laicos deben aprender a ver el mundo, las personas, los libros, los medios de comunicación con sus propios ojos, con el sentido crítico que sólo puede dar la luz del evangelio.

En primer lugar se va a redescubrir la dignidad del laicado, que es el resultado de su pertenencia a la Iglesia y de su identidad como Pueblo de Dios, este es el sentido de la primera carta del apóstol Pedro. Entre los discípulos “no hay cristianos de segunda clase y sólo el amor de Jesús da un estatus más elevado” (Brown, 1986, p.96).

En segundo lugar, se va ahondar en la vocación del laicado. Significa que así como “Jesús viene a Israel precisamente porque su envío tiene como destinatario al mundo entero”, el laicado es llamado a la Iglesia y desde ella ir a la sociedad entera; elección de un “pueblo a causa de otros pueblos” y el laicado cristiano elegido, deberá ser señal del plan de Dios, para otros cristianos y no cristianos. (Lohfink, 2004, p.149).

En tercer lugar profundizar en la misión del laicado, que ya no es objeto, sino sujeto apostólico evangelizador, activo, identificado, eclesial, espiritual y transformador; por tanto es necesaria su corresponsabilidad en la vida y misión de la Iglesia. (cfr. García, 1998).

En éste sentido, cabe afirmar, que el Concilio Vaticano II es fundamentalmente eclesiológico, puesto que introduce profundamente en el ser, en la vida y en el obrar de la Iglesia. En el hoy de la historia es importante resaltar que una válida teología del laicado, parte de la fórmula “Pueblo de Dios”, que necesariamente remite a una “eclesiología total” y no permite separar por un lado el “laicado” y por otro “la jerarquía”. (PCL, 1979, p.27). Es infinito lo que los laicos desde su estilo de vida en el mundo pueden aportar a la construcción de Iglesia. En la íntima relación entre la reflexión cristiana y el proceso de formación para la vida, se halla latente un gran tesoro, la Persona de Cristo en sí mismo. (ChL 15).

1. Dignidad del laicado en la Iglesia y en el mundo

En este primer aparte se va a profundizar en el primer fundamento básico de la teología del laicado, que es su dignidad, la cual radica sin duda alguna en su condición de bautizado y sus implicaciones. Luego se verá que por este sacramento, el laicado entra a ocupar un lugar primordial en la vida de la Iglesia y a partir de este pensamiento, hablaremos del atractivo concepto de la primacía del laicado en la Iglesia.

1.1 La condición bautismal y sus implicaciones

El documento sobre los fieles laicos enseña que no es exagerado decir que toda la existencia del fiel laico tiene como objetivo el llevarlo a conocer la radical novedad cristiana que deriva del bautismo, cuyas implicaciones son experimentar la vida de los hijos de Dios, la incorporación a Jesucristo y a su cuerpo que es la Iglesia, el Pueblo de Dios y la unción en el Espíritu Santo, constituyéndonos en templos espirituales, (*ChL* 10). Finalmente en clave de Aparecida miraremos que el bautismo y la unión a Jesucristo nos hace sus discípulos, para tener una singular experiencia de comunión con Él, quien nos hace partícipes de su verdad, de su vida y de su santidad, (*DA* 129).

1.1.1 Hijos de Dios en el Hijo

El laicado debe tener como único punto de referencia su propio Bautismo, que es entrada a la comunidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. A partir de tan sublime sacramento, todos somos condecorados con títulos de gran honor, pues a partir de ahí somos todos en la Iglesia, verdadera y realmente “hijos de Dios, hermanos en Jesucristo y templos vivientes del Espíritu de Santidad” (*Rm* 8,15; *Ga* 4,4). Un hijo obtiene la vida de sus padres y la única vida que nuestros padres pueden darnos, es la de la carne (*Jn* 3,6); pero “si Dios nos engendra, somos hijos de Dios, con su vida eterna”. (*Brown*, 1986, p.87).

Es Dios Padre quien nos atrae por medio de la entrega eucarística de su Hijo (*Jn* 6,44), don de amor con el que salió al encuentro de sus hijos, para que, renovados por la fuerza del Espíritu, lo podamos llamar Padre (*DA* 241). Es más importante el día en que una persona recibe el Bautismo, que el día en que recibe la ordenación episcopal o presbiteral. El primer sacramento al fin y al cabo, concierne a la salvación; nos convierte en hijos de Dios Padre, que es una dignidad que va más allá de toda designación para un servicio especial a Dios. (*Brown*, 1986, p.100). En efecto la *LG* 32, resalta el testimonio de San Agustín al presentarse ante la grey encomendada: “Cuando me aterra lo que soy para ustedes, entonces me consuela lo que soy con ustedes; para ustedes en efecto soy obispo,

con ustedes soy cristiano; aquél es el nombre del cargo, este es el de la gracia; aquel es el del peligro, este el de la salvación”.

El Papa Benedicto XVI, en su pasada visita apostólica a México y a Cuba, afirmó: “El laicado ya no puede ser tratado como quien apenas cuenta en la Iglesia”; es necesario evitar las divisiones estériles, críticas y celos, que tanto mal hacen a la comunión, a la participación y a la misión de la Iglesia en el mundo. La gracia del Bautismo, trae consigo, la diversidad de carismas y es San Pablo, quien inspirado en Cristo, nos enseña con ello a descubrir que los carismas justifican la igualdad de todos: igualdad de valor, igualdad de derechos y también igualdad de obligaciones, para asumir responsabilidades. (Mc 10, 42-43; 1Co 12, 4-21). Por último se puede afirmar lo siguiente:

La dignidad del laicado querida por Jesús y sus discípulos, radica en el espíritu de servicio en bien de los hermanos, recordemos que la Patrística, nunca abandonó lo esencial y fueron los Padres de la Iglesia, quienes enseñaron la realidad de un sacerdocio universal común para todos los bautizados y fueron ellos los primeros en oponerse a toda distinción, a diversas categorías de cristianos, ya que toda la Iglesia cree, espera y ama”, (De Lubac, 2002, p.78).

1.1.2 Incorporados a Cristo

Al ser hijos de Dios en el Hijo, los bautizados son “inseparablemente miembros de Cristo”, (ChL, 12). *El Instrumento Laboris* (39), que prepara el próximo sínodo sobre la evangelización, exhorta a la unión con Cristo, pues de lo contrario, cuando se debilita el vínculo con Cristo, se empobrece la calidad de la fe vivida y la participación en la vida trinitaria. Jesús nos da la propia vida de Dios, porque como Hijo, tiene la vida del Padre (Jn 6,57). Para conocer a Cristo, hay que estar unidos a Él por la Iglesia y a Dios por Cristo (Jn 17,21). En el diálogo de Jesús con la samaritana, aparece la idea de que Dios no iba a ser

adorado ni en Jerusalén, ni en la montaña de Samaría, sino en “espíritu y en verdad” (*Jn* 4,21-23); significa que no hay tampoco cristianos de segunda clase geográficamente. Dios es Espíritu (*Jn* 4,24) y el Espíritu de la verdad está siempre en cada cristiano donde quiera que esté.

La idea de que el Paráclito se da a toda persona que está incorporada a Jesús, le ama, guarda sus mandamientos y consecuentemente permanece para siempre (*Jn* 14,15-16), significa que no hay cristianos de segunda clase temporalmente. “La única dignidad es la otorgada por la gracia de Dios, por eso la diferencia entre el ordenado y el no ordenado, es de clase y no de grado; el estatus de santidad se adquiere al acercarse a Cristo” (*Brown*, 1986, p.80.107).

La dignidad del laicado en la Iglesia la produce el impregnarse del bautismo y de la vida según el Evangelio, de la relación del hijo con su Padre, para sentir la fuerza del Espíritu; separados de Cristo, el discípulo vive su acción en modo infructuosa (*IL*, 38). Todos sabemos bien que con su venida entre nosotros Jesucristo nos ha comunicado la vida divina que transfigura la faz de la tierra, haciendo nuevas todas las cosas (*Jn* 15; 21,1-14; *Ef* 2,18; *Ap*, 21,5).

1.1.3 Miembros del Pueblo de Dios

La unidad de los discípulos de Jesús con Él no es suficiente, también es necesaria la unión de los discípulos entre sí, para generar el cuerpo místico de Cristo, que es la Iglesia, el nuevo Pueblo de Dios, (*ChL*, 12). Antes que nada hay que decir que Dios no quiso santificar y salvar al ser humano aisladamente, sino constituyéndolo en “un solo Pueblo”, reunido en la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. (*CCE*, 153). El Concilio Vaticano II, rescató esta bella imagen del Pueblo de Dios, pasando de un cristianismo de muchedumbres, a uno de convicción de discipulado, entrar a la casa de Jesús a hacer vida con Él (*Jn*, 1,39); un pueblo que sigue un solo proyecto, “el proyecto de Jesús”, que está en el mensaje “Reino de Dios”. La Iglesia como “Pueblo de Dios”, también sale del eclesiocentrismo, para dar paso al antropocentrismo y teocentrismo; la Iglesia no tiene que

decir lo que hay que hacer, sino que simplemente ofrece a Jesucristo, quien no presiona, sino que legitima la libertad y la autonomía como signos del Espíritu Santo y forma las conciencias, (*DH*, 4; cfr. Parra, 1987).

La Iglesia sólo evangeliza si es Pueblo de Dios, pues pasa de una comunidad desigual, a una comunidad de bautizados. De hecho esta fue la experiencia de la Iglesia primitiva; la comunidad cristiana de Jerusalén se autodenomina “*Ekklesia* de Dios” (*1Co*, 15,9; *Ga*, 1,13). De suyo, *ekklesia* en griego es la reunión pública, la asamblea nacional de la comunidad política. En *Dt*, 23,2-9, se entiende *ekklesia*, como pueblo de Dios que se distancia de toda profanación e impureza. Luego el trasfondo de este lenguaje bíblico nos lleva a pensar que la comunidad primitiva se entendía como el elegido pueblo de Israel, como el verdadero Israel, cuando se autodenomina “*ekklesia* de Dios”. Estrechamente emparentado con *ekklesia* está el concepto de “los Santos”, que deriva también de la comunidad primitiva de Jerusalén (*Hech*, 9,13; *Rm*, 15,25). El término designa al pueblo escatológico de Dios desde Daniel 7. (Lohfink, 2004, p.87).

La teología paulina expresa con toda claridad quiénes son los miembros del pueblo de Dios: sin distinción alguna, son todos “cuantos creen en Cristo”; Abraham es su Padre (*Rm*, 4,12); ellos son los herederos (*Ga* 3,29); los hijos de la promesa (*Ga* 4,28); los elegidos (*Rm* 8,33); los llamados (*Rm* 1,6s); los amados (*Rm* 1, 7); los hijos de Dios (*Rm* 8,16; *Ga* 3,26). Es así como la comunidad primitiva se entiende así misma como el verdadero Israel, como el pueblo de Dios de los tiempos escatológicos (*2Co*, 3,6.16).

Brown (1986), presenta la primera carta petrina para fundamentar la idea de pueblo de Dios. Se mandó a Moisés que dijera al pueblo que Dios estaba haciendo suyo: “Sean santos, porque yo el Señor su Dios soy santo” (*Lv*, 19,2) y el mismo encargo se transmite en la I Pedro, (1,15-16). La vida cristiana se describe como una época de exilio, o breve estancia, con la esperanza de la herencia que se recibirá (*1P*, 1,4.17), haciendo un paralelismo con el vagar de Israel por el desierto antes de alcanzar su heredad en la tierra prometida. Luego la comunidad cristiana será una nueva familia, un nuevo hogar, un pueblo especial con una herencia imperecedera (*1P*, 2,10). El pueblo de Dios en el AT,

Israel, se mantuvo como pueblo de Dios después de que Moisés y Josué hubieron desaparecido. El pueblo de Dios en el NT, la Iglesia, continuará después de que Pedro y los otros apóstoles hayan desaparecido de la escena. Es el cuidado amoroso que encuentran los laicos en la Iglesia, el que les proporciona una nueva identidad o dignidad (p.77).

El Pontificio Consejo para los Laicos, destaca la idea de “Pueblo de Dios” como una comunidad que participa toda ella, de “un sacerdocio común”, ejercido en los sacramentos, participando de una fuerza “profética”, que se expresa en el don de la fe y de la acción de los carismas del Espíritu, y también de una dimensión “real” que se ejecuta por una presencia activa en el mundo. El sujeto verdadero de la sacralidad cristiana y de la secularidad, va más allá de la Iglesia y el mundo; son dos tejidos de relaciones, dos estructuras de comunión: entre los seres humanos y de los seres humanos, a través de las cosas y de sus hermanos con Dios en Cristo (*PCL*, 1979, p.64). La noción de “Pueblo de Dios”, expresa la profunda unidad, la común dignidad y la fundamental capacidad de todos los miembros de la Iglesia para participar en la vida de la Iglesia y en la corresponsabilidad de la misión. (*Ef* 4,5; *Ga* 3,28; *Col* 3,11; *CNBB*, 1986, p.49).

En síntesis, la teología actual afirma la idea de “Pueblo de Dios” como instrumento que subraya la “igualdad radical de todos los miembros”, antes que las diferencias por razón de funciones, ministerios o carismas. Todos los miembros de la Iglesia son iguales y dignos en cuanto a creyentes; el binomio clérigo-laicado, queda superado por el comunidad-ministerios, pero lo que es común a todos y que caracteriza la comunidad, no contradice el que existan ministerios con funciones específicas al servicio de la misma. “Todos son necesarios para la vida y la misión de la Iglesia”, (Extremeño, 2005, p. 96).

1.1.4 Discípulos de Cristo:

El discipulado es una condición permanente del seguidor de Jesús, pues siempre estamos aprendiendo y no “sabemos” lo suficiente. Aunque cuando damos sólo conocimientos, damos poco, pues el mayor Don, es el amor de Cristo para la salvación (*IL*, 34). El apóstol San Juan es el modelo de discipulado, porque este Evangelio y las cartas

joánicas, enfatizan la relación individual del cristiano con Jesucristo; no se promueve el individualismo, al contrario en muchos pasajes como en el de la vid y los sarmientos, la imagen del Buen Pastor, suponen la colectividad de la Iglesia y refieren a que “en Cristo Dios salva a su pueblo”. Sin embargo, en Juan es muy importante la relación individual con Jesús para tener una vida eclesial sólida, (Brown, 1986, p.85).

El alumno sigue a su maestro y el maestro llega a hacerse responsable de la actuación de sus discípulos (Mc, 2,24). El discípulo ha escuchado el mensaje del cercano Reino de Dios, que no es más que la soberanía de Dios en el corazón del discípulo y el mensaje ha moldeado toda su existencia, tal fue la experiencia de José de Arimatea (Mc 15,43), (Lohfink, 2004, p.42).

Se podría preguntar: ¿cómo sobrevivieron las comunidades que los apóstoles nos dejaron cuando murieron? Y la respuesta es simple: Así como Jesús mostraba amor en todo lo que hacía, sus discípulos incluso los que no lo conocieron en persona, tenían como elemento fundamental: el amor por su maestro; Jesús era profundamente amado por los que le seguían, pues hasta Pablo llegó a decir “el amor de Cristo, nos apremia” (2Co, 5,14). Es así como se puede argumentar que la relación amorosa con Jesús, formaba parte del seguimiento durante su vida y aun se mantiene como necesidad intrínseca en la Iglesia. Además de otorgar una doctrina, liturgia y sacramentos y la sensación ayudadora de pertenecer a una comunidad, la Iglesia debe poner a la gente en contacto personal con Jesús para que puedan experimentar por si mismos lo que llevó a los primeros a ser seguidores de Jesús y en Juan, el “ser discípulo, es la categoría más importante y no hay indicios que otros cargos o carismas otorguen cierto estatus”, (Brown, 1986, p.97).

1.2 La Primacía del Laicado

En el punto anterior decíamos que una clave fundamental para redimensionar el laicado dentro de la Iglesia, es el redescubrimiento de su “dignidad original de discípulos del Señor”; un laico no es laico, porque le falte algo, sino porque está incorporado al cuerpo místico de Cristo. Esto nos lleva a hablar de la “primacía del laicado”; si la gracia del

Bautismo precede toda distinción de cargo-oficio, entonces “es el pueblo bautizado el primer sujeto del ministerio, es el primer portador de la Palabra, es el primer agente de reconciliación, es el primer artífice de comunión”...de esta manera la dignidad y el papel del laicado no se ha de afirmar ya en oposición con los ministros ordenados, (cfr. Bravo, 1988).

Es imposible ignorar en la actualidad que el laicado es la parte más considerable de la Iglesia y los presbíteros antes de serlo eran laicos, el estado laical es la base; el laicado “progresivamente”, ha pasado de ser “objeto” de cuidado de los pastores, consecuencia de la jerarquización, a “participantes” de su misión apostólica hasta llegar a ser “sujetos” con pleno derecho de la comunidad eclesial misma, siendo parte integrante, (*PCL*, 1979, p.28). Pío XII, afirmaba que en el laicado encontramos “la línea más avanzada de la vida de la Iglesia”, por el laicado la Iglesia es el principio vital de la sociedad humana (*ChL*, 9); sin el laicado el apostolado de la Iglesia sería ineficaz, (*AA*, 10). Más tarde el Concilio Vaticano II, fue el que anunció que el laicado es hoy en día “la primera línea de defensa” en el apostolado de la Iglesia en la sociedad, y que, ahí donde se encuentra el laicado tiene que hacer todo lo posible por “consagrar el mundo a Dios” (cfr. *Mary Ann*, 2003).

Los fieles laicos no son ayudantes, sino también representantes del ministerio de Cristo; si el laicado es considerado como “una versión deficiente del cristiano ordenado” no se ha comenzado a comprender el Concilio Vaticano II, pues el ministerio y la misión del laicado, se deriva de Jesucristo y no del ministerio ordenado, (cfr. *Silber*, 2006). El laicado actual no es como el de la edad media, que simplemente aprenden por aprender, sino que el laicado de hoy quiere aprender para enseñar.

Ya no existe ese gran grupo de clérigos eruditos, frente a un laicado ignorante y sin formación; hoy la realidad es otra; un pequeño grupo de clérigos, frente a una mayoría exigente de laicos especialistas que reclaman formación espiritual; es el caso de la mujer, ya no es más simplemente la “ama de casa”, que se dedica sólo a

la procreación y crianza de los hijos; ella también se forma y en muchos casos, con fortuna, se destaca más que el varón. Entonces los laicos ya no quieren ser más ovejas. (Blanck, 2006, p.10).

En este sentido los obispos brasileiros hacen una reflexión a partir del Concilio Vaticano II. Ellos afirman que el Concilio logró llegar a una teología del laicado; procuró una concepción positiva del laicado, a partir de una definición negativa del mismo. El laicado es el “no sacerdote, o no clérigo, o no religioso”, para llegar a una definición positiva: el laicado es el “ser cristiano en general”, es la condición vital que acontece en todos los miembros de la Iglesia, sean laicos, religiosos, sacerdotes u obispos. Bruno Forte citado también por la Conferencia del Brasil, hace una propuesta interesante, que tal vez daría para otra tesis de grado; y es la posibilidad de suprimir el término “laicado o laico” y más bien sustituirlo por el término “cristiano” y luego hablaríamos del “primado del Cristiano”, luego la referencia sería al “cristiano laico, cristiano sacerdote, cristiano obispo” y esto favorecería el poder hablar sin ambigüedades de los ministerios para los cristianos, a partir de los carismas. (CNBB, 1986, p.124). En efecto, la identidad del laicado es la identidad del cristiano; preguntar: ¿qué es un laico?, es preguntar ¿qué es un cristiano?; esta identidad viene conformada por tres puntos de referencia: “Cristo, desde donde se es cristiano; la comunidad, en la que se es cristiano y el mundo, para el que se es cristiano”, (Calero, 1997, p.63).

2. Vocación del laicado en la Iglesia y en el mundo

En el presente trabajo se expone la necesidad de que el laicado tenga una formación suficiente, para así poder conocer muy bien su misión, pero para que estas características funcionen a la perfección es necesario “otro motor” “la vocación”, pues cuando se es movido por ella, se trabaja con pasión. Hoy se habla de la diversidad y complementariedad de las vocaciones, pues como se ha afirmado anteriormente, los laicos ya no son “fuerzas auxiliares”, sino que son la misma Iglesia con el mismo título y derecho que sacerdotes y religiosos, (cfr. Vecchi, 1992).

2.1 Significado teológico

Todo cristiano está llamado a la tarea que la identidad bautismal le ha confiado, es bien importante que se deje guiar por el Espíritu al responder a tal llamada, según la propia vocación, que es un don de Dios para la plenitud y el servicio del mundo (*DA*, 111). La Revelación de Cristo nos ha comprometido no solamente como destinatarios de la salvación que nos ha sido dada, sino también como sus anunciadores y testigos, (*IL* 119.162). Todos sin excepción estamos llamados a la santidad y al apostolado (cfr. *CCE* 189). La gran vocación de todo creyente cristiano, es un “llamado universal a la santidad” (*LG* V).

Calero, (1997) nos habla citando a Schilleberk de los tres elementos que conforman teológicamente la vocación del laicado: en primer lugar, participar en la misión universal de toda la Iglesia, con gran sentido de pertenencia, siendo todos cooperadores de la verdad (*3Jn*, 8). En segundo lugar, el laicado no participa a partir de un mero oficio, sino que contribuye a la edificación del Reino de Dios en el mundo, redescubriendo la identidad entre vocación cristiana y condición laical, repotenciando así el protagonismo eclesial y social del laicado, para que vivan intensamente su vocación y tareas en la Iglesia; para que al engrandecer la vocación del laicado, se revalorice más la identidad, vocación y misión sacerdotal y religiosa. Como tercer elemento, tenemos el llamado al laicado a salvar el mundo y a entrar en relación con él. En este contexto, la vocación del laicado cobra una significación bien teológica, por el punto esencial que tiene en la misión de la Iglesia, (Estrada, 1991, p.163).

2.2 Significado temporal

El mandato misionero que la Iglesia ha recibido del Señor resucitado, (*Mc*, 16,15), ha asumido en el tiempo formas y modalidades siempre nuevas, según los lugares, las situaciones y los momentos históricos, (*IL*, 41). El llamado a la santidad consiste en que el cristiano laico “impregne la propia existencia humana al espíritu de las bienaventuranzas y al Evangelio en general”. El laicado no evade las realidades temporales, sino que en ellas busca y encuentra a Dios y las purifica del pecado, sin hacerlas el Reino de Dios, pero

orientándolas hacia el verdadero Reino de Dios, y así, el apostolado se convierte en el mejor camino abierto a la santificación del laicado; así como los presbíteros se santifican en su ministerio, el laicado hace lo propio en el apostolado” (*PCL*, 1979, p.70).

Decía Taulero: “los laicos son esos cristianos que van a Dios en las cosas y con las cosas, buscando permanentemente la unidad entre Creación y Redención”; el laicado está llamado a armonizar la obra creadora con la obra redentora, puesto que cada día se re-crea en el mundo y cada día redime su entorno, gracias a la fuerza del Evangelio y a su gran vocación que le mueve a ejercer el apostolado misionero (Pelliteros, 1996, p.309). Dicho de otra manera, la vocación de todo fiel laico hombre o mujer, es la de “recrear en su propia historia, la conducta de Jesús”, (Espeja, 2010, p.15). La actividad del laicado en el orden temporal, tiene un significado teológico, cristiano y eclesial, ya que siempre actúa como miembro y representante de la Iglesia. Por esto el laicado, está llamado a mirar frente al mundo moderno, valorando la cultura moderna, la ciencia y la técnica. Formar cristianos en la cultura moderna no es imposible; por el contrario es el más grande reto y la verdadera obligación de la Iglesia hoy.

Según Rahner, si uno compara la Iglesia de antes y después del Concilio, se percibe un “verdadero desplazamiento desde una postura negativa y defensiva, hacia una actitud mucho más abierta y positiva”; los hechos de los apóstoles tienen como núcleo vivencial la experiencia de Pentecostés, pues ahí empieza la era de la Iglesia y muchos siglos después, el Concilio Vaticano II aparece como un “Nuevo Pentecostés”, que también igual que el primero, “es un comienzo, no una conclusión”; por eso cincuenta años después, hay que formar al cristiano, para que de razones y respuestas y soluciones a las inquietudes de este mundo de la técnica y del llamado “coeficiente intelectual”. Para Rahner el cristiano de hoy, es mensajero de la esperanza de Dios, contra la desesperanza del ser humano, esto es la Iglesia como “Sacramento universal de salvación”, es en la Iglesia donde se experimenta el llamamiento a vivir en la libertad de los hijos de Dios, (cfr. Madrigal, 2004).

2.3 Significado misional

Al llamar a los suyos para que lo sigan, les da un encargo muy preciso: anunciar el Evangelio del Reino a todas las naciones, (*Mt* 28,19; *Lc* 24, 46-48). Por esto todo discípulo es misionero, pues Jesús lo hace partícipe de su misión, al mismo tiempo que lo vincula a Él como amigo y como hermano. La vocación al discipulado misionero, es con-vocación a la comunión en su Iglesia, (*DA*, 144.156). En sentido de misión el laicado está llamado a llevar positivamente la cuestión de Dios a lo que hoy se llama “el patio de los gentiles”, siendo capaces de hacer nuestros en el presente, el coraje y la fuerza, de los primeros cristianos, de los primeros misioneros, (*Lm* 5), que a ejemplo de Pablo, evangeliza también los areópagos modernos, y la experiencia de la fe cristiana dentro de las realidades del tiempo (*Hech*, 17,22s). La vocación específica del laicado es la de “ser misioneros” buscando en el apostolado la unidad querida por el señor, (*Mc* 16,15; *Mt* 28,20; *Jn* 17,21).

El ser y el quehacer del laicado, se desarrolla a partir de las tres dimensiones típicas de la Iglesia: misterio, fundamentado en la Sagrada escritura; comunión, apoyada en los estudios teológicos que ven en la Trinidad modelo de toda comunión con Dios y con los hombres; y *misión*, como pastoral de la Iglesia que tiene como horizonte la nueva evangelización, que consiste en que el laicado lleve a Cristo al mundo, (cfr. Coba, 1993).

3. Misión del laicado en la Iglesia y en el mundo

Indudablemente la vocación es también misión; así se constata en la historia de la salvación; Dios primero llama a sus hijos y luego les envía y les encomienda una misión específica (*Ex* 3,10; *Jr* 1,7; *Am* 7,15; *Mc* 3,13; *Mt* 28,19). En la plenitud de la Revelación, es Cristo mismo quien explica el verdadero sentido de la misión: “Como el Padre me envió, así los envió Yo” (*Jn* 20,21), enviados todos para comunicar la Palabra, con toda la vida, ser servidores de la Palabra, (*NMI*, 40; *VD*, 93).

3.1 Un asunto de fidelidad

Mesters (1992), afirma que “Jesús es la fuente y el modelo de una auténtica misión”, (*Hb* 4, 12-13; *Lc* 2,49; *Jn* 4, 33-44; 5, 18-19; 14, 8-9), cuya raíz debe ser la fidelidad al Padre, desde el principio hasta el fin. Estamos en el paso de la modernidad a la post-modernidad, aunque hoy se habla más bien del paso a una cultura “híper-moderna”, pues se vive en un futuro hipotético, (cfr. Gómez, 2008). Por eso hoy la misión del laicado en la Iglesia consiste en realizar fielmente el anuncio y la transmisión del Evangelio, que es “fuerza de Dios para la salvación de todo el que cree” (*Rm* 1,16; *IL*, 11). La primera misión del laicado tiene su fundamentación teológica en (*Jn* 17, 6-9), al adquirir una espiritualidad humanista “Ser en Cristo”, no renunciando al mundo, sino viviendo en él y transformando los ambientes; unir la fe y la vida. Por el sacrificio y la fidelidad la Iglesia “vive y crece continuamente”, (cfr. Carta a Diogneto; *LG* 26).

El sacrificio es, precisamente la persona de Cristo que, ofreciéndose así mismo en un acto existencial supremo de fidelidad a Dios, a su proyecto del Reino y a los hombres se convierte en la única y definitiva “hostia de grato olor” (*Ef* 5,2), en la cual, y gracias a la cual, Dios ha reconciliado consigo a la humanidad, salvándola definitivamente. “Insertos por el Bautismo, los cristianos están llamados, todos sin excepción, a ofrecer la propia existencia como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, como el auténtico culto personal”, (Calero, 1997, p.85). Hoy más que nunca, el laicado está llamado a vivir en fidelidad el profetismo en esta sociedad actual fuertemente tentada de idolatría, siempre mirando a Cristo el testigo veraz y fiel (*Ap*, 1,5). Es mostrar que no existe oposición entre su seguimiento y el cumplimiento de las tareas que el laicado debe realizar en su condición secular y que, por el contrario, la fidelidad al Evangelio sirve también para mejorar las instituciones y estructuras terrenas, (*Ibíd.*, p.102).

El seguimiento de Cristo aceptado, seguido, y vivido como “mi salvador”, como el único Maestro (*Mt* 23,10), es decir, como el “único” Camino, la “única” Verdad y la “única” Fuente de Vida en toda su plenitud tendrá que ser, cada vez más, fruto de una opción personal de vida del laicado. El Señor llama al laicado a hacer concreta y

precisamente su santa voluntad “a todas las horas de la vida” y sin desfallecer. Por eso la fidelidad se convierte en vigilancia, como atención solícita a la voz de Dios, es una actitud fundamental y permanente del discípulo misionero. En últimas, la fidelidad del laicado se traduce en “crecer ininterrumpidamente” en la intimidad con Jesús, en la conformidad con la voluntad del Padre en la entrega a los hermanos en la caridad y la justicia, (*ChL*, 58.60).

3.2 Un asunto de corresponsabilidad:

El Papa Pío XII, da el paso de la participación a la colaboración del laicado en la vida de la Iglesia; pero el Concilio Vaticano II, da un movimiento más trascendental, de la colaboración a la “corresponsabilidad”, esto se traduce en que todos sin excepción son necesarios para la vida y la misión de la Iglesia, (Extremeño, 2005, p.96). En la actualidad el concepto “colaboración del laicado” se va superando, pues se torna ambiguo, porque ¿A quién colaboran los laicos? ¿Acaso no es su deber? “El Pueblo de Dios somos todos y todos nos colaboramos, ya que todos los bautizados, antes de cualquier distinción de ministerios o carismas, somos responsables en primera persona de la evangelización”, (cfr. Caliman, 2008).

Esta apasionante aventura del pensar y actuar teológico-cristiano es un camino, que, aunque difícil y exigente, todos los cristianos debemos estar dispuestos a emprender. El laicado en la Iglesia ya no tiene que pedir permiso para hablar, enseñar, predicar; y más bien que si “no habla, no enseña o no predica”, incumple gravemente sus reales responsabilidades cristianas, pues la común dignidad, es también común responsabilidad en la Iglesia, (cfr. Parra, 1987). Ya habíamos dicho que la condición bautismal implica para todo laico ser “Hijo del Padre, incorporado a Cristo y Templo del Espíritu santo”, (*ChL*, 11-13) y ello nos lleva a descubrir que común es la dignidad, común es la gracia de los hijos de Dios, común es la vocación a la santidad, una sola salvación, una sola esperanza, y un amor sin divisiones, (*LG*, 32).

Hoy no cabe duda que todos somos importantes y necesarios en la misión de la Iglesia, porque a “nadie le es lícito permanecer ocioso”, (*ChL*, 3). Nadie tiene derecho a quedarse con las manos cruzadas, pues hay mucho por hacer “la mies es mucha” (*Lc*, 10,2).

Ser hombre en tierra de los hombres, es cabalmente ser responsable; nuestra misión es desarrollar un humanismo de la responsabilidad, formar para el compromiso y así poder cristianizar lo temporal, evangelizando el mundo. (Suenens, 1968, p.56).

En el hoy de la misión de la Iglesia, hay que tener en cuenta dos elementos básicos: unidad y sujeto. La *Apostolicam Actuositatem* (2), afirma que la misión de la Iglesia es única y consiste en la “difusión del Reino de Dios sobre toda la tierra”, sea, “para hacer partícipes a todos los pueblos de la salvación, operada por la redención”, sea, para “ordenar efectivamente el mundo entero a Cristo”. El Concilio, quiso hacer una “descripción tipológica” de los distintos modos de ser en el Pueblo de Dios: entonces a partir de ahí se dice que la misión es una, y se articula en modos diversos y se realiza a través de distintos ministerios. En cuanto al sujeto de la misión, Jacques Maritain, tiene una fórmula que distingue “el actuar de los cristianos” y el “actuar en cuanto cristianos” y Rahner lo expresa de un modo más simple: “actuar cristianamente para el laicado” y “actuar eclesialmente” para el Magisterio o la jerarquía; pero notamos aquí un laicado rico en autonomía, pero pobre en comunión y corresponsabilidad. La *Apostolicam Actuositatem*, en general presenta a todo el Pueblo de Dios como sujeto colectivo de la misión y al laicado como sujeto particular, (cfr. Danielau, 1988).

Para la teología actual la misión del laicado es la de “reunir la Creación y Redención”; el laico cristiano es un cosmos dentro del mundo, que “debe efectuar la obra de Cristo en el espacio y en el tiempo”, y hay dos aspectos interconectados: el primero es la universalidad de la llamada: “todos sin excepción somos llamados”. Y el segundo “todos somos corresponsables de la misión”, según una dimensión de servicio, misión única, que

correspondiendo a una vocación general del Pueblo de Dios, se diversifica en varias tareas y vocaciones particulares, (Pelliteros, 2007, p.325).

3.3 Un asunto testimonial

El gran acontecimiento de la Encarnación y de la Redención, es “la plenitud de los tiempos en nuestra historia”, pero este hecho, no está terminado, continúa y esto la hace el laicado; por lo tanto es el laicado quien continúa el testimonio y el servicio de Cristo, para la salvación del mundo, (*LG*, 34). El Espíritu del Resucitado nos hace capaces de anunciar eficazmente el Evangelio en todo el mundo, esta ha sido la experiencia de la primera comunidad cristiana, que veía la difusión de la Palabra, mediante la predicación y el testimonio, (*IL*, 162). El laicado está llamado a ser testigo de Cristo, para identificarse con Él, como Él, se identificó con el Padre, examinándolo todo y quedándose con lo bueno y absteniéndose de lo malo, (*1Ts*, 5,21).

En clave de Aparecida decimos que así como “Jesús es testigo del Padre, los discípulos y misioneros, son testigos de la muerte y resurrección del Señor hasta que el vuelva”. Este encargo es parte integrante de la identidad cristiana, porque es la extensión testimonial de la vocación misma, (*DA*, 144). En esta misma línea, el *Instrumento Laboris* para el próximo sínodo desea abordar este tema del testimonio del laicado en la Iglesia. Parte de la acertada instrucción de Pablo VI, teniendo en cuenta que para una eficaz evangelización es necesario aumentar la calidad del testimonio; y esto no es un problema de organización, sino algo espiritual, “El hombre contemporáneo, escucha más a gusto a los que dan testimonio, que a los que enseñan; y si escuchan a los que enseñan, es porque dan testimonio”, de ahí se desprende que el testimonio cristiano es un conjunto de gestos y palabras, que se armonizan perfectamente, (*VD*, 97s; *EN*, 22.41).

Es al laicado, al que le corresponde en particular demostrar con el propio testimonio, que la fe cristiana constituye una respuesta a los problemas existenciales que la vida pone en cada tiempo y en cada cultura. Por tal motivo la Iglesia ha de formar no sólo en la fe y en el seguimiento, sino también en el testimonio del Evangelio con el primado del

laicado y de su formación abierta a la verdad y que debe hacer parte del encuentro con Dios y la experiencia de fe, (*IL*, 118.150).

Siguiendo la valiosa enseñanza del biblista Mesters (1992), presento unos posibles elementos que desde el Evangelio ayudarán al laicado a fortalecer su testimonio y su misión.

El primer elemento consiste en crear comunidad, (*Mc*, 1, 16-20). De hecho el Vaticano II reafirma la Iglesia como “comunidad de creyentes” (*LG*, 8), que fue la forma inicial privilegiada de su comprensión en el primer milenio eclesial; pero la Iglesia también es “sociedad estructurada jurídicamente”, que ha sido el acento más relevante en la eclesiología del segundo milenio. Entonces no hay que pretender eliminar el esquema segundo de la Iglesia, sino “recuperar y dar el puesto que se merece al primer estilo de la comunidad eclesial”, (*Ninot*, 2007, p.13).

El principio comunitario, nos lleva a amar también a las personas que no piensan como nosotros; la cuestión sobre Dios permanece igual también presente para ellos, por lo que podremos entrar en diálogo no sólo con las otras religiones, sino con los que consideran la religión como una cosa extraña, saber entrar a sortear el llamado “patio de los gentiles”, (*Lm*, 5). Desde los salmos, (104, 30), la misión del laicado es la de “renovar la faz de la tierra”; el laicado misionero es una fuerza comunitaria muy antigua, (*Hch*, 11, 20-21; 18, 24-26); y según Pablo, el impulso misionero es una señal clara de madurez de una comunidad eclesial, (*Rm*, 1,14; *1Co*, 2,5).

El segundo elemento se asienta en formar la conciencia crítica del laicado, (*Mc*, 1, 21-22). El laicado debe saber dar razón de nuestra fe en un contexto que respecto al pasado presenta muchos rasgos de novedad y de criticidad, (*IL*, 42). El laico debe conocer muy bien la realidad que lo circunda y sobre todo los grandes desafíos que tiene que evangelizar hoy: En un primer grupo, están los desafíos económicos, sociales y políticos, que se traducen en lo que hoy se llama el fenómeno de la “globalización”, que puede ser bueno o malo; pues por una parte, disminuye la autonomía de los Estados, pero por otra hay más

comunicación entre los pueblos; crece la deuda externa; en nuestros países hay condiciones incómodas de salud, educación; en realidad se ofrece un futuro incierto. En un segundo grupo están los desafíos culturales y religiosos; el pluralismo cultural que por un lado proporciona diálogo y respeto mutuo, sin embargo existe una poderosa influencia de los medios de comunicación social, que transmiten una cultura global o lo que llaman en la actualidad una “ética mundial”, común para todos, llegando a lo que el Papa Benedicto XVI, ha llamado “la dictadura del relativismo”, (CNBB, 1986, p.18). Sólo un laicado bien formado podrá confrontar de manera crítica ciertos estilos de vida, estructuras de pensamiento, de valores y lenguajes contruidos para comunicar, (*Lm*, 7).

El tercer elemento invita a combatir el poder del mal, (*Mc*, 1, 23-28). El laicado no puede ignorar el terreno de confrontación cotidiana, la “muerte de Dios” ha cedido paso a una mentalidad hedonista y consumista, (*IL*, 53). La misión de la Iglesia consiste en realizar el anuncio y la transmisión del Evangelio, que es “fuerza de Dios para la salvación de todo el que cree”, (*Rm*, 1,16). Cuando el laicado sabe ponerse limpiamente frente a los nuevos escenarios, logra comprender lo que es la esperanza y así podrán actuar en el contexto de sus conocimientos y de sus experiencias de fe, dialogando con los otros hombres, intuyendo qué pueden ofrecer al mundo como don; qué pueden compartir; qué elementos pueden asumir para expresar aún mejor esa esperanza y a qué elementos, en cambio, es justo oponerse. La Iglesia se edifica aceptando confrontarse con estos desafíos, siendo cada vez más la constructora de la civilización del amor, (*Lm*, 7.11).

Un cuarto elemento, se denomina restaurar la vida para el servicio, (*Mc* 1, 29-34). Hoy se habla de un nuevo modelo de ser Iglesia, teniendo en cuenta que no hay que perder el rostro de Iglesia “popular doméstica”, pero es necesario abrirse a una Iglesia misionera, que lleve su presencia a la casa de sus hijos y de sus hijas. Nueva Evangelización, es sinónimo de misión. El mejor servicio que se le pueda prestar a alguien es evangelizarlo, prepararlo para que desde Cristo rescate a los hombres del desierto y los conduzca al lugar de la vida, hacia la amistad con el Hijo de Dios, que nos da vida plena. El Concilio Vaticano II es instrumento clave para responder a la desorientación experimentada por los cristianos frente a las fuertes transformaciones del mundo, (*Lm*, 8.9.10). El Papa Benedicto

XVI, afirma que si bien la Iglesia puede dar razón de su esperanza, (*1P* 3, 15), se ha perdido el sentido de lo sagrado, poniendo en tela de juicio los fundamentos que parecían indiscutibles: fe en un Dios Creador, la Revelación de Jesucristo, el valor de la Vida, de la familia, etc., (*IL*, 43).

Un quinto elemento invita a permanecer unido al Padre en la oración, (*Mc* 1,35-45). La transmisión de la fe exige una relación con Dios Padre a través de la oración que es la misma fe en acto y el maestro en la oración es el Espíritu Santo, (*Lm*, 14). En este sentido es válida la formación espiritual como escuela de la fe a la luz de Jesucristo, bajo la guía del Espíritu Santo, para vivir la experiencia de la Paternidad de Dios, (*Lm*, 14.22). Puede evangelizar sólo quien a su vez se ha dejado y se deja evangelizar; quien es capaz de dejarse renovar espiritualmente por el encuentro y por la comunión vivida con Jesucristo, “Creí por eso hablé”, (*2Co* 4, 14). Cada hombre debe sentirse amado por Dios y debe aprender a reconocerlo como un Padre amoroso y pleno de compasión, La oración nos conduce a participar en Jesús y en el Espíritu Santo en la vida del Padre, (*Lc* 15; *Ef* 2,18; *IL*, 23.28).

Síntesis conclusiva

En el mes de octubre se llevará a cabo el próximo Sínodo de los obispos, cuyo tema será “la nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana”. La teología del laicado se perfila hoy como “instrumento básico para la nueva evangelización”, (cfr. Pelliteros, 2004). En el presente capítulo se han expuesto los fundamentos esenciales de la Teología del Laicado de hoy. En primer lugar la dignidad: Todos somos iguales por la condición bautismal y esto implica que somos hijos del Padre celestial en el Hijo; estamos incorporados a Cristo como su cuerpo; luego unidos al Padre por el Hijo, necesitamos estar unidos a los demás como mis hermanos y tal principio comunitario nos hace Pueblo de Dios, discípulos y misioneros de Cristo para el mundo.

En segundo lugar, la vocación: Teológicamente el laicado está llamado a ser instrumento de salvación para el mundo entrando en relación con él. Temporalmente, el

laicado actúa como miembro y representante de la Iglesia, recreando en su propia historia la conducta de Jesús, (Espeja, 2010.p.15). Misionalmente, Jesús lo hace partícipe de su misión, por eso la vocación específica del laicado, es la de ser misionero.

En tercer lugar, la misión: La vocación se hace plena en la misión, la cual con la gracia del Espíritu Santo, estará acompañada de fidelidad, corresponsabilidad y testimonio de Cristo en el mundo. Cuando se habla responsabilidad en la misión, cada cual se hace responsable de lo suyo, pero cuando se habla de corresponsabilidad, todos somos garantes de la misión evangelizadora encomendada por el Señor.

CAPÍTULO TERCERO

ALGUNOS ACENTOS EN LA FORMACIÓN DEL LAICADO EN AMÉRICA LATINA

Después de la visión histórica de lo que ha sido la praxis formativa cristiana del laicado en la vida de la Iglesia y después de redescubrir la teología del laicado a partir de su dignidad, vocación y misión, se va a proponer en este tercer capítulo, unas posibles acentuaciones que desde América Latina, ayuden a una eficaz formación teológica del laicado, con la cual pueda ser sujeto activo de la misión de la Iglesia.

El cardenal *Newman* (1964), afirmó que “el lugar de encuentro entre los clérigos y el laicado, es la formación” necesaria para trabajar juntos en un terreno común, (p.353). Hoy se habla mucho de la “hora del laicado” y el cuestionamiento es bien serio: ¿Qué pasaría si volviéramos a descubrir lo novedoso de nuestra fe y su gran poder para juzgar la cultura que nos rodea? Juan Pablo II equiparó el laicado a un “gigante dormido”. Durante décadas el gigante parecía sumido en el sueño profundo de un adolescente; ahora este “gigante dormido”, está despertando (...y a gran velocidad...); llegó su hora; y hay que ofrecerle formación, pues “estamos pagando el precio de la falta de formación adecuada de todo el Pueblo de Dios” (cfr. Maryann, 2003).

John Sobrino (2004), al comentar a Rahner nos ubica en este aspecto y nos lleva a preguntarnos: ¿Qué? ¿Para qué? Y ¿Dónde? a propósito de la formación teológica del laicado hoy.

A la primera respondemos con el contenido esencial de la fe (*EN*, 29), que es el Credo, la “credencial del laico cristiano”. A la segunda cuestión responde el apóstol Pedro: “Para dar razón de nuestra esperanza” (*1P* 3, 15) y ¿Dónde?; esa formación teológica la encontramos en las fuentes: Sagrada Escritura, especialmente el Nuevo Testamento, la Enseñanza de la Iglesia, especialmente el Vaticano II y en nuestro contexto latinoamericano, las diferentes Conferencias Episcopales y otros documentos que ayuden

al laicado a su formación teológica. En América Latina “surge una nueva Iglesia y una nueva teología; una vida carismática muy viva que produce esperanza, donde brota un cristianismo libre, animado y movido por el Espíritu de Jesús. Hemos de saber que “una Iglesia sin laicado, parecería una cosa de tontos; un laicado instruido y responsable, es algo esencial para la Iglesia. (cfr. Newman, 1991).

La falta de protagonismo del laicado en la misión de la Iglesia, se contrarresta con la formación de cristianos; antes de la praxis de su ser y de su que-hacer, es fundamental formar al cristiano para dialogar con este mundo, para ser fermento, para saber cuál es la luz que está llamado a dar, hablemos de “ser cristiano en el mundo de hoy” (cfr. Vecchi, 1992). Si no hay formación teológica del laicado, jamás comprenderá el sentido de su vocación y misión; recordemos una vez más que “la formación no es ya un privilegio de algunos, sino un derecho y un deber de todos” (*ChL*, 63).

En esta perspectiva se va proponer al menos tres acentuaciones: unas claves teológicas, unos horizontes formativos y unas dimensiones basilares, que favorezcan en el laicado, una óptima formación teológica, con la cual logre cumplir a cabalidad su misión en la Iglesia y en el mundo.

1. Claves teológicas de la formación del laicado

La nueva evangelización, ha de estar al servicio de la vida (*SD* 302), por eso la primera clave de la formación del laicado será una inmersión en el sentido de la vida humana. El fin, el término siempre nuevo y siempre inacabado de la formación del laicado es Cristo “hasta que se forme Cristo en ustedes” (*Ga* 4,19); y Cristo es la Palabra de Dios hecha carne (*Jn* 1,14); por este motivo la segunda clave de la formación será el estudio de la Palabra de Dios. La Divina Revelación ha sido interpretada auténtica y fielmente por la Enseñanza de la Iglesia, he aquí la tercera clave teológica básica que se propone para la formación del laicado; pero no lo es todo; la inmersión en la vida humana, en la Palabra y en la Enseñanza de la Iglesia, trae consigo el deseo de ser discípulo y misionero de Jesús y

esto se concreta en la acción apostólica; luego, la cuarta clave será la formación del laicado en el sentido de la misión.

1.1 La inmersión en la vida del ser humano: Principio Encarnación

Teológicamente en el misterio de la Encarnación, el Sí de Dios ha penetrado en la historia y se hacen realidad todas las promesas (*Ef* 4,13; *Col* 1,19). El gran objetivo de la encarnación es “divinizar la humanidad, que se realiza en el proceso del tiempo, en la historia humana construida por los mismos seres humanos, por lo que sólo en la conducta histórica de Cristo, conocemos cómo es y cómo actúa Dios”, (Espeja, 2010, p.29).

El misterio de Jesucristo es el misterio de la total auto donación del Dios del Amor, a la humanidad en su Hijo hecho hombre, en el que llama mediante un “maravilloso intercambio a todos los seres humanos a una comunión personal con Él” (Dupuis, 2000, p.208).

El principio de encarnación apunta a unificar la vida, hay que partir de la idea de que con ella, Jesucristo se insertó y se unió a las condiciones de vida social y cultural de los hombres y mujeres con los que convivió. Dios quiso entrar en la historia y la vida de los hombres de un modo nuevo y definitivo, enviando a su Hijo en nuestra carne y así establecer la comunión con Él y armonizar la sociedad fraterna entre los seres humanos. Dios cuida paternalmente de todos los seres humanos y ha querido que “todos ellos formen una única familia y traten de vivir en espíritu fraterno”, he aquí la dimensión comunitaria de la fe cristiana, (*LG* 9; *AG* 3.10).

Una aproximación práctica al sentido de la vida humana a partir del principio teológico de la encarnación, lo encontramos en Santo Tomás (III 2,2c), que refiere al “realismo de la encarnación”; dice el teólogo que si “quitamos la fe en la encarnación, desaparece la fe cristiana”, Dios siempre presente en el mundo, “muy cerca de nosotros” en la persona de su Hijo; Jesús encarnó la realidad de este mundo, (Espeja, 2010, p.26). El misterio de la Iglesia sólo existe dentro de la historia humana y por eso la encarnación

continúa, siempre es viable y se adapta a los signos de los tiempos, el laicado debe “re-crear en su propia vida e historia, la conducta de Jesús”, (*Ibíd.* p.15).

En la encarnación Dios se hace presente con toda la fuerza de vida en una vida normal. A Dios se le aprende con el corazón, Él “atrae” “instruye” “enseña” y todos los que acogen esta enseñanza, descubren desde el interior de su corazón, que realmente en Jesús, en sus palabras, en sus hechos, en su persona, está la vida. Jesús es la Palabra, el logos que transmite una norma de actuar, una vida, (*Jn* 1,1-14; 12,32; *LG* 48). Él se hizo pobre con los pobres, un pobre que sufre y tal sufrimiento es gratuito. Jesucristo es el Evangelio vivo del Padre y la síntesis y encarnación permanente del mensaje. “Hoy en día el ambiente humano está permeado de sinsentido y es en el encuentro con Jesús donde se halla la Vida que se anhela y que se busca”, (Cadavid, 2010, p.128).

Desde América Latina se refuerza esta idea, manifestando la necesidad de capacitar al laicado para encarnar el Evangelio en las situaciones específicas en que viven y actúan, reafirmando el valor sagrado de la misma, puesto que viene de Dios y Él es su único fin; “la ley divina es la norma suprema de la vida humana” (*SD* 60; *CEC* 466; *DH* 3).

1.2 La inmersión en la Palabra de Dios: Principio cristológico

En una perspectiva teológica, se afirma que Jesús mismo le ha recordado al tentador: “no sólo de pan vive el ser humano, sino de toda Palabra que sale de la boca de Dios” (*Mt* 4,4); en otra escena responde a quien le elogiaba, que la verdadera felicidad y gozo está en “escuchar la Palabra de Dios y ponerla en práctica” (*Lc* 11,28); y es el apóstol Pedro quien declara que sólo las palabras de Jesús son “Palabras de Vida Eterna” (*Jn* 6,68). El profeta Oseas, preveía hambre y sed, no de pan ni de agua, sino “de oír la Palabra de Dios” (*Os* 8,11). Uno de los grandes logros del Concilio Vaticano II, fue el de devolver el lugar preminente a la Palabra de Dios, en la vida de la Iglesia; y no sólo darle un lugar privilegiado, sino acercarse a la Palabra para conocerla, la *DV* 8, refiere a la “comprensión de las cosas y de las palabras transmitidas”.

Pero ¿qué es la Palabra de Dios como segunda clave teológica de formación del laicado? El salmo 119,105 la define como “antorcha para mis pasos y luz para mis caminos”; en realidad la Palabra de Dios es norma segura para orientar por el camino de la verdad y del bien la existencia del ser humano; pero la Palabra de Dios no es algo, sino alguien, (DA 131), “Cristo mismo”, Él es la Palabra perfecta y definitiva del Padre; el Antiguo Testamento preparó la venida de Cristo y especialmente el Nuevo Testamento tiene como centro a Cristo y concretamente los Evangelios, constituyen el corazón de toda la Palabra Divina, que escrita o transmitida, es propuesta por la Iglesia para “ser creída y divinamente revelada”. (CCE 9.21.32).

La persona de Jesús ha de estar en el centro de toda formación teológica: el misterio de su Resurrección; el sermón de la montaña, particularmente las bienaventuranzas, no vistas como normas o leyes, sino como un auténtico programa de vida cristiana; las tentaciones forman al cristiano laico en la manera de vencer el mal y toda clase de obstáculo que se presente en la obra misionera. El laicado al conocer la Palabra de Dios, conoce a Jesús, su persona, su don en el misterio de la Encarnación y de la Redención; formación para una presencia misionera en el mundo actual (*Jn* 20,21; 17,18); formación para una nueva evangelización (*Lc* 4,18-19); formación para ser testigos y profetas; formación para la oración, para la fidelidad, para la esperanza (*Hch* 1,8; *Jr* 1,5; *Rm* 6,4; *Ef* 2,6; *1P* 2,9; 3,11; *1Co* 7, 29-30; *Flp* 3,20).

Otros textos claves para una elemental formación en la Palabra los encontramos en (*Hech* 2,36; *Jn* 20,28; *Mt* 18,19; *1Co* 15.); estos textos nos hablan del Kerigma o anuncio fundamental o contenido esencial de la fe. (EN 29). El documento sobre los fieles laicos, nos ilumina para centrar una adecuada formación del laicado a partir de la Palabra de Dios y propone una sólida formación bíblica a partir del texto cuya figura e imagen es la “viña del Señor”; “vayan también ustedes a trabajar a mi viña” (*Mt* 20, 3-4) y hay otra imagen bíblica que complementa la anterior “la vid y los sarmientos” (*Jn* 15,5), que invita a crecer y a madurar continuamente y a dar siempre más frutos; aquí es donde radica la necesidad de una formación integral para el laicado (*ChL* 57).

En una perspectiva prÁxica, aparece el mundo de hoy con grandes preguntas y magnas aspiraciones, por lo que un laicado bien formado en la Palabra de Dios, podrÁ dar respuestas certeras e insertarse en los diferentes ambientes, estructuras y centros de decisi3n urbana. Aparecida enseña el gran valor de la Palabra en el discÍpulo y misionero, pues es el primer elemento propio de la vida cristiana, por lo que se hace necesario estudiarla y conocerla (DA 517). La Palabra es el lugar mÁs privilegiado de encuentro con Jesucristo y en Cristo Palabra, SabidurÍa de Dios (1Co 1,30), la cultura puede volver a encontrar su centro y profundidad; la Palabra es roca que fundamenta la vida del discÍpulo; el poder de la Palabra permea a las personas y las lleva a escuchar a Jesucristo, a creer en Él y a reconocerlo. El estudio de la Palabra de Dios, “no puede ser te3rico y frÍo, sino una herramienta fundamental y necesaria en el crecimiento espiritual, personal y comunitario”. (DA 41.146.226.247.279).

El Papa Benedicto XVI, propone la Palabra de Dios como aquella que “ilumina, purifica y perfecciona los deseos aut3nticos de la persona, puesto que “Dios responde a la sed que hay en todo ser humano” (VD 23). De acuerdo al documento citado, una experiencia Única para que el laicado logre insertarse en la Divina Palabra y sobre todo ella lo transforme en el ser de Dios, es la “lectio divina”, que segÚn la tradici3n patrística, es “acercarse a la Escritura en el diÁlogo con Dios”. La Palabra nos transforma no s3lo personalmente, sino tambi3n comunitariamente y es asÍ como se transfigura la comunidad eclesial en el ser de Dios uno y trino (*ibÍd.* 86-87). Para poder entender cuÁl es la Vida que Cristo nos da, es necesario escuchar su Palabra.

Una elemental formaci3n del laicado en la Palabra, se ha de centrar en los siguientes aspectos: La base es sin lugar a duda el Nuevo Testamento; los hechos de los ap3stoles forman en el “principio comunitario” tan elemental hoy, tambi3n educan en el arte del buen vivir, forma en la capacidad de adaptaci3n a cada persona y a cada grupo. Luego el estudio de los Evangelios hacen posible un conocimiento profundo de la vida, las obras y de las enseñanzas de JesÚs, característica fundamental, para ser discÍpulo y misionero. Seguidamente la formaci3n se ubica en las cartas paulinas, que enseñan el misterio de la Iglesia, especialmente como “Cuerpo Místico” donde cada creyente tiene funciones que

desarrollar, de esta manera se siembra el principio de vida comunitaria, o de corresponsabilidad algo perfectamente ejecutable en la obra misionera. (cfr. Cartagena, 2001).

1.3 Inmersión en la enseñanza de la Iglesia: Principio eclesial

Entiéndase por Enseñanza de la Iglesia al grupo de obispos, que en comunión con el sucesor de Pedro, hoy el Papa Benedicto XVI, “acogen la Revelación divina, la comprenden cada vez mejor y la aplican a la vida” (CCE 15). Desde un aspecto teológico, la Tradición también es fuente de vida para la Iglesia y alma de su acción evangelizadora (DA 247). La Enseñanza de la Iglesia, encuentra como modelo de renovación comunitaria a las comunidades primitivas (*Hech* 2,42-47), que es la misma eclesiología del Concilio Vaticano II, “Donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos” (*Mt* 18,20); en otro contexto, “Pareció bien al Espíritu Santo y a nosotros...” (*Hech* 15,28), descubrimos que la Instrucción eclesial, es clara experiencia de comunión. Según Aparecida nos libera del aislamiento del yo, porque nos lleva a la comunión. (DI 3).

La Enseñanza de la Iglesia interpreta auténticamente y fielmente la doctrina de la fe y de la ley moral (DV 8). Es la encargada de adaptar el lenguaje eclesial al ser humano de hoy, salvando la integridad del mensaje; hay enseñanzas simples como Catecismo, homilía y las formas más universales como el Concilio, Sínodo, Conferencias Episcopales continentales o nacionales. (DM 8(15). La Iglesia en realidad reconoce una sola autoridad: Cristo; pero Él participó de su autoridad a los doce (*Mt*, 28,19); por eso el Papa sucesor de Pedro y los obispos, sucesores de los apóstoles, participan de la Enseñanza de Cristo, siendo maestros de la Verdad; corrigen y deciden con claridad y firmeza. (DP 249.259). La praxis de Jesús respecto del Reino de Dios no terminó con las comunidades neo testamentarias, sino que continuó en el tiempo de la Iglesia Antigua y los Santos Padres, enseñaron la idea de fraternidad, que conduzca a la “reunión escatológica” del Pueblo de Dios; la clave está en “Conocer a Cristo, por la Iglesia y a Dios por Cristo” (*Jn* 17,21; (Lohfink, 2004, p.162).

En la práctica, es de suma importancia que el laicado conozca muy bien el sentido de la Enseñanza de la Iglesia, porque sobretodo hoy, van apareciendo muchas “revelaciones privadas”, que pretenden superar y hasta corregir la Revelación verdadera y es la “Instrucción eclesial, quien salvaguarda la sana doctrina”. Cristo y los apóstoles confiaron al depósito de la fe a toda la Iglesia, pero es la Enseñanza eclesial la que se encarga, de que la Revelación sea acogida, comprendida y aplicada a la vida; y ayuda a formar la conciencia moral para que sea recta y veraz. (CCE 10.15.374). El documento sobre los fieles laicos, resalta la importancia de formar al laicado en la Enseñanza de la Iglesia, pero centrada en el Concilio Vaticano II, capaz de “iluminar y de guiar las respuestas que se deben dar hoy a todos los problemas”. (ChL 2).

En síntesis, es a la Enseñanza viva de la Iglesia a la que corresponde “interpretar auténticamente la Palabra de Dios oral o escrita” (VD 33). El Papa y los obispos son nuestros maestros y ellos mismos viven el principio comunitario, pues son ellos por excelencia garantes y servidores de la comunión, experiencia que se entiende como encuentro con el Señor vivo, presente en los hermanos que están reunidos en su nombre: cónclave, concilio, conferencias e incluso cuando el obispo se reúne de manera trascendental con su presbiterio, son momentos de experiencia magisterial eclesial al servicio de la Iglesia y del mundo. (EAm 37; DA 181).

1.4 Inmersión en la teología de la misión: Principio evangelizador

En una aproximación teológica, se descubre que el día de Pentecostés la misión de Cristo y del Espíritu, se convierte en la misión de la Iglesia, enviada para anunciar y difundir el misterio de la comunión trinitaria. La misión de la Iglesia es la de anunciar e instaurar entre todos los pueblos el Reino de Dios inaugurado por Jesucristo; la Iglesia es el “germen e inicio sobre la tierra de este reino de salvación” (CCE, 144.150). La formación teológica es para todos los cristianos y debe ser un “continuo proceso de maduración en la fe” y de configuración con Cristo según la voluntad del Padre con la guía del Espíritu Santo. Que todos se preparen para que todos puedan ser escuchados, (LG 33.37); y así el laicado en su descubrir y vivir la propia vocación y misión, logre sobre todo vivir aquella

unidad con la que está marcado su mismo ser de miembros de la Iglesia y de ciudadanos de la sociedad humana, (*ChL* 6.10.59).

En la actualidad teología y misión, juegan un papel indispensable en la formación cristiana del laicado. Jesús anuncia la buena noticia del Reino a los pobres y a los pecadores y por eso nosotros como discípulos y misioneros de Jesús, queremos y debemos proclamar el evangelio que es Cristo mismo, (*DA* 323.30). La misión de la Iglesia consiste en seguir los pasos de Jesús y adoptar sus actitudes; el discípulo se forma para sumir el mismo estilo de vida de Jesús y sus motivaciones (*Mt* 9,35-36; *Lc* 6,20.40b; 9,58; 10,4, *2Co* 8,9; *Flp* 2,8).

Desde una perspectiva práxica y transformadora, la dimensión comunitaria fue la gran preocupación de Jesús; el Pueblo de Dios no fue fundado por Jesús, pues ya tenía una historia-trayectoria; lo que Jesús hace es reunirlo y restaurarlo, por eso es importante “el perfil escatológico”; el Reino de Dios irrumpe, Jesús entra en la historia del Pueblo de Dios para reunirlo como una familia de hermanos y hermanas; como Jesús la reunió en su pequeño círculo de discípulos, comunidad ideal, iniciación del “Israel escatológico” y ya no hay lugar para las represalias, para las estructuras de dominio, este es el camino. (*Lohfink*, 2004, p.82). Este camino apenas comienza, y queda un largo camino por recorrer, ya que el laicado cristiano en su misión evangelizadora, tiene la gran responsabilidad de estar en permanente relación con personas de diferentes culturas y religiones; estamos frente a una sociedad profundamente marcada, por un pluralismo cultural y religioso, por tal motivo crece la conciencia de “la necesidad de un acompañamiento serio del laicado, que les ayude a desenvolverse en diálogos auténticos y provechosos”. Personas equilibradas con apertura al realismo, que expresen con sinceridad e integridad su propia fe (*CNBB*, 1986, p.82).

Lo anterior nos lleva a descubrir que Jesús no sólo formó a sus discípulos para que “estuvieran con Él” (*Mc* 3,14), sino para enviarlos a la misión, de ser constructores del Reino de Dios; y así lo cumplieron. (*Mc* 16,15; *Mt* 28,19-20; *Hech* 17, 22-33; *1Co* 2,1-5). Si miramos el Concilio Vaticano II sobresalen algunos conceptos centrales para la misionología eclesial: Iglesia servidora, discípula, y en estado de misión (cfr. *Caliman*,

2008). El Concilio promueve una verdadera “conversión pastoral” (AG 13), que conlleva a prestar más atención al contexto histórico, a tener claridad en los contenidos doctrinales, pero lo más importante es la persona y su experiencia de vida comunitaria.

En síntesis, la vida y la fe se acrecientan dándola y la misión consiste en comunicar la vida de Dios a los demás. La comunión y la misión están profundamente unidas entre sí “la comunión es misionera y la misión es para la comunión” con Dios y con el prójimo. (*ChL* 32). Es bien importante el encuentro de los discípulos con Jesús Maestro, en la intimidad, para alimentar la vida comunitaria y la actividad misionera (*Os* 2,14; *Mc* 3,14; 4,11.33-34; 6,31-32; *Lc* 10,17-20).

La misión es inseparable del discipulado, pues el discípulo a medida que conoce y ama a su maestro, experimenta la necesidad de compartir con otros la alegría de ser enviados. (*DA* 278e). Desde el principio los discípulos habían sido formados por Jesús en el Espíritu Santo (*Hech* 1,2) y es en la Iglesia el Maestro interior, que conduce al conocimiento de la verdad total, formando discípulos y misioneros. (*Ga* 5,25). La misión es propagar el Reino de Dios que se siembra en esta tierra y que fructifica plenamente en el cielo. (*DA* 19).

2. Horizontes formativos del laicado

En el numeral anterior se propuso el primer acento para la formación del laicado desde América Latina, donde se plantean al menos cuatro claves teológicas: la vida humana, la Palabra de Dios, la Enseñanza de la Iglesia y el sentido de la misión, como base fundamental para que el laicado reciba una formación teológica sólida.

Ahora se presenta el segundo acento, que no es más que el complemento del primero. Se proponen tres perspectivas formativas: Madurez humana del laicado, a partir de los valores humanos; madurez cristiana del laicado, desde los valores evangélicos, y madurez misionera del laicado, desde una perspectiva del discipulado evangelizador, que se caracteriza por una libre llamada y una tarea encomendada.

2.1 Madurez humana del laicado

El hombre a la vez que recibe una llamada, recibe también una tarea específica. Y es que la persona humana no ha llegado a ser completa aún; a nivel personal e histórico todavía está por realizarse en un sentido muy amplio. La llamada es del otro que quiere ser reconocido como “alguien” y la tarea es responder con valores humanos como amor, libertad y justicia a la llamada del otro. La persona humana está por hacer; todo ser humano está en camino. *Homo Viator*. (Gevaerth, 1991, p.150). De acuerdo a lo anterior el laicado ha de tener un sólido conocimiento en humanismo, en madurez personal, en economía, política, cultura, comunicación y conocimiento de la realidad; esta formación integral le dará pautas para una auténtica madurez humana, para tener capacidad de diálogo, apertura a los otros, trabajar en equipo, para asumir responsabilidades, para saber enfrentarse a situaciones desconocidas y conflictivas; la aceptación del fracaso y de la frustración, no crear dependencias, ni paternalismos, ni protagonismos, (cfr. Ruiz, 2010).

La Enseñanza de la Iglesia, propone formar a la persona humana en su dignidad, abriéndole sus ojos para que desprecie todo aquello que vulnera su dignidad, a saber: ideologías malsanas, poder económico, sistemas políticos inhumanos, tecnocracia científica, avasallamiento por parte de los medios de comunicación social; también en la formación humana del laicado, se hace muy necesario promover, y hacer redescubrir la dignidad inviolable de cada persona humana y ver en ella el “vértice y centro de todo lo que existe sobre la tierra” puesto que es la dignidad humana la que constituye el fundamento de la igualdad de todos las personas entre si, y es propiedad indestructible de todo ser humano, basado en el misterio de la unicidad, interioridad e irrepetibilidad de cada persona. (ChL 5.37).

Los documentos de Medellín y Puebla, afirmaron los valores de la antropología cristiana: liberación de la persona, fraternidad, justicia, paz y libertad religiosa; la dignidad consiste no en “tener más”, sino en “ser más”; hoy más que nunca el laicado tiene un compromiso liberador y humanizante de promoción humana. Conservar lo esencial de la persona humana: el valor de la inteligencia, la voluntad, la conciencia, la fraternidad y el

gran valor de la familia, considerada como la madre y nodriza de esta educación. (*DM* 3(7); 10 (2,9); *DP* 339.552).

En síntesis, se señala lo dicho por el Papa Benedicto XVI, en su discurso inaugural de Aparecida:

El laicado debe descubrir en la persona humana, y en su misma esencia aquel lugar de la naturaleza donde converge la variedad de los significados en una única vocación de sentido. Hoy en día a las personas no les asusta la diversidad. Lo que les impresiona más bien es no lograr reunir el conjunto de todos los significados de la realidad en una comprensión unitaria que le permita ejercer su libertad con discernimiento y responsabilidad. La persona busca siempre la verdad de su ser, puesto que es esta verdad, la que ilumina la realidad de tal modo que puede desenvolverse en ella con libertad y alegría, con gozo y esperanza. La realidad es el desvanecimiento de la concepción integral de la persona humana, su relación con el mundo y con Dios”. (*DA* 42).

2.2 Madurez cristiana del laicado

La formación del laicado aparece actualmente como una exigencia que de forma imperiosa se hace urgente en dos perspectivas: como persona humana y como persona creyente. (Calero, 1997, p.185). Hay muchas personas que por ser simplemente humanas no son malas, son buenas y hacen mucho bien a la sociedad, pero las personas que son humanas y además creyentes, estamos frente a una responsabilidad superior y trascendental, por algo el Maestro invitaba a sus discípulos a vivir en “superioridad”, la supremacía de los hijos de Dios (*Mt* 5,20; *Lc* 6,27-38).

Para una persona creyente no son suficientes los valores humanos citados en el punto anterior, sino que se plenifican con los valores del Evangelio y “la dignidad de la persona humana es un valor evangélico restaurado por Jesús” (*Gn* 1, 26; *Sal* 8; *Ef* 1; *Col* 1,13-19). La persona humana, debe ser capaz de conocerse así misma, de darse libremente y de entrar en comunión con Dios y con las otras personas; descubre que es “la única criatura que Dios ama por sí misma y a la que llama a compartir su vida divina en el conocimiento y en el amor”. (*CCE* 68).

La formación antropológica cristiana, hace que la persona humana “solo sea en Cristo” (*Flp* 1,21); apertura del ser humano hacia Dios como Creador y Padre; y hacia los demás, como sus hermanos; y al mundo, como a lo que le ha sido entregado para potenciar sus virtualidades y no para ejercer sobre él un dominio despótico que destruya la naturaleza. (*ST* 264). La sacralidad de la persona humana tiene su fundamento en Dios Creador y Padre, llamado a vivir responsablemente en la sociedad y en la historia, ordenado a valores espirituales y religiosos. (*ChL* 5). En todo debe estar presente el rostro de Cristo, por lo tanto “si no hay lugar para Jesucristo, no hay lugar para la persona humana” (*VD* 113). En la formación teológica del laicado ha de aparecer Cristo como quien revela el amor misericordioso del Padre, la vocación, dignidad y destino de la persona humana creyente. De su maestro, el discípulo, ha aprendido a luchar contra toda forma de desprecio de la vida y de la explotación de la persona humana. (*DA* 6.112).

El documento de la quinta Conferencia del Episcopado Latinoamericano, da la clave para que el cristiano laico descubra el grado de madurez de su fe, cuando comprende que “la ciencia y la tecnología, aunque buenas, no tienen las respuestas a los grandes interrogantes de la vida humana. La respuesta última a las cuestiones fundamentales de la persona humana, sólo puede venir de una razón y ética integrales iluminadas por la revelación de Dios. (*Gn* 1,26-30). Es necesario presentar la persona humana como el centro de toda la vida social y cultural, resaltando en ella: la dignidad de ser imagen y semejanza de Dios y la vocación a ser hijos en el Hijo, llamados a compartir su vida por toda la eternidad; donde hay aprecio por la persona, el Evangelio tiene mucho que decir; la persona de Jesucristo es la respuesta total, sobreabundante y satisfactoria a todas las cuestiones

humanas sobre la verdad, el sentido de la vida y de la realidad, la felicidad, justicia y belleza”. (DA 480.380).

La formación espiritual de la persona, consiste en cooperar a la recapitulación de todas las cosas en Cristo, es un estilo de vivir el Evangelio en el corazón del mundo (*Hch* 17,22-23; *AA* 4; *EN* 70). Formar es ayudar a quienes están en formación a que progresivamente hagan suyos “los mismos sentimientos de Cristo” (*Flp* 2,5). Se trata en suma de entender la formación del creyente como un proceso de “renovación de espíritu y de mentalidad” de “revestirse de humanidad” (*Ef* 4,12-24); “poner a la gente en contacto personal con Jesús, para que puedan experimentar por si mismos lo que llevó a los primeros a ser seguidores de Jesús”. (Brown, 1986, p.97).

La formación teológica del laicado necesariamente debe tener como fondo una espiritualidad. La formación y la espiritualidad, son dos temas que por su estrecha relación hay que tratarlos conjuntamente; es indudable que “las vivencias y las prácticas espirituales, que personalmente realizamos, están de ordinario conectadas con el tipo de formación que como sujetos determinados hemos recibido y viceversa”. Más que “información” o aprendizaje de conocimientos de cualquier orden, la formación de la persona creyente hoy es “con-formación” en su sentido primario de “dar forma” y para esto no bastan libros, profesores, pupitres, sino que hacen necesarias “experiencias de vida, compañeros y formadores, acompañamiento, nunca solitarios, sino en espíritu comunitario”. (cfr. Cartagena, 2001).

2.3 Madurez misionera del laicado

Al laicado creyente se le considera maduro cuando ha comprendido su papel de discípulo misionero en la Iglesia y para el mundo. La persona creyente se le forma para vivir en el mundo, sin ser del mundo; se pertenece a la vida presente, pero orientado hacia la vida eterna (*Jn* 17, 6-19; *1Co* 5,9; *2Cor* 6,14). La Iglesia por vocación es misionera (*AG* 2), puesto que ha nacido con este fin, “propagar el Reino de Cristo en toda la tierra”, es por

esto que la “vocación del laicado brota de la esencia misma de su vocación cristiana”; más aun, “la vocación cristiana, es por su misma naturaleza, vocación a la misión” (AA 1.2).

Martínez, (2006), como antesala a la quinta Conferencia de Aparecida, presentó unos elementos fundamentales que llevan a relacionar la acción discipular y la acción misionera del laicado. En primer lugar es de gran valor mirar a Jesús y su itinerario: Llama a quien va a ser su discípulo, lo conoce, lo humaniza y lo lleva a vivir en comunión con Él y a fascinarse por Él, (DA 243-245). Aquí aparece un elemento muy novedoso que Jesús añade al discipulado-misionero y es la misericordia, pues no basta la predicación (Mc 6, 35-44), hay que ofrecer el alimento de la Palabra y el pan material; y algo de suma importancia es devolver la dignidad a quien la ha perdido; Jesús a los “incapaces” (Jr 6,10; Hch 7,51), los hace capaces, (Mc 7,37); (p.63.68).

El segundo momento de este itinerario, es la invitación que Jesús hace a seguirlo, a tener comunión de vida con Él. Jesús llama con las debilidades y los valores de cada ser humano, con lo que somos y tenemos, así sea nada (Jn 6,9), puesto que todos sin excepción somos llamados a anunciar la Palabra de Dios, (VD 94). En el encuentro, el Señor ofrece enseñanza, especialmente en la práctica de los consejos evangélicos, transforma y traza el camino seguro para el discipulado misionero. La espiritualidad del discípulo misionero, consiste en “ser discípulos de Jesús para la misión”, es la identidad del cristiano, “todos serán discípulos del Señor” (Is 50,4; 54,13; Mc 3, 13-14; 2Co 5,17).

El autor también define la dinámica discipular misionera con sus claves y sus características, al aceptar la llamada de Jesús, el discípulo misionero, conoce a Jesús, se deja fascinar por Él y se deja humanizar por Él, luego la fe discipular conduce al servicio, y este hace que el discípulo misionero entre en comunión plena con el Maestro, (Mc 6,35-44; 8,1-9; 11.1-2; 14,12-16). De aquí se derivan primero, las claves fundamentales de la misión discipular: enseñar, cuidar y compartir; y luego las características de una eficaz actitud discipular misionera: ojos abiertos, mentes lúcidas, corazones misericordiosos, seres orantes y perseverantes, actitud de niños, servidores incondicionales, (Martínez, 2006, p.129.131).

El Catecismo, nos lleva al origen del cristianismo, para decir que el encuentro entre el maestro y los primeros discípulos ha terminado. Jesús desaparece de su vista y es el discípulo quien continúa, guiado por el Espíritu Santo la misión del mismo Cristo. El laicado cristiano tiene una dimensión social, que lo lleva a abrirse a los demás y a entrar en fraternidad con ellos a ejemplo de la Divina Trinidad, que es comunidad perfecta (*CCE* 173.401). La vocación al discipulado misionero es convocación a la comunión en la Iglesia; la primera vocación misionera es a vivir en comunidad. El discipulado y la misión siempre suponen la pertenencia a una comunidad. El discípulo hace la experiencia del encuentro con Jesucristo vivo, madura su vocación cristiana, descubre la riqueza y la gracia de ser misionero y anuncia la Palabra con alegría. (*LG* 9; *DA* 164s).

La Quinta Conferencia del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, define la vocación como un verdadero “Don de Dios”, para la plenitud y el servicio del mundo. Cristo es el misionero del Padre y nosotros somos los misioneros de Cristo, llamados a participar de su vida y de su gloria. (*DA*, 11.129). Jesús llama para seguirlo (*Mt* 28,19; *Lc* 24,46-48) y los envía a anunciar el Reino a todas las naciones; es ahí cuando el discípulo se vuelve misionero, puesto que Jesús le hace partícipe de su misión y al mismo tiempo lo vincula a Él, como amigo y como hermano. De esta manera como Él es testigo, del Misterio del Padre, los discípulos se hacen testigos del Misterio Pascual de Jesucristo.

Llamados y enviados, discípulos y misioneros, que anuncian el don del encuentro con Jesucristo; hacer que muchos lo encuentren, lo amen, lo adoren, lo anuncien y lo comuniquen a todos. (*DA*, 14. 144). Hoy se habla del diverso campo relacional del discípulo misionero: “consigo mismo como persona, con Dios como Padre, con Jesucristo como maestro, con el Espíritu santo como guía, con los demás como hermanos y con las cosas con libertad” (Prado, 2011 p.61). El discipulado -misionero, consiste en ser oyente fiel de la Palabra de Cristo, luego es seguir a Jesús Maestro, ir detrás de Él, compartir su estilo de vida, compartir su destino y sobre todo compartir su misión, formando comunidad para afuera y para adentro. La vida apostólica de los primeros cristianos, es desde siempre arquetipo o ideal para la vida cristiana una pastoral de la Palabra, una pastoral misionera, (cfr. *Gollarte*, 2007).

3. Dimensiones para una formación basilar del laicado

En los anteriores numerales, se han propuesto dos acentuaciones que ayudarán a una eficiente formación teológica del laicado: La primera se expresa en algunas claves teológicas, como plataforma fundamental de una adecuada formación; y la segunda se desarrolla en unos horizontes formativos, que irán dando carácter a dicha formación. Es preciso formar al laicado en un primer momento en el valor de la vida, en la necesidad de la Palabra de Dios, en la Enseñanza de la Iglesia, y en la teología de la misión; y en un segundo momento un laicado formado en la madurez humana y cristiana, que ha identificado muy bien su vocación misionera.

Ahora como tercer acento, se proponen unas dimensiones basilares que reafirmen la formación teológica del laicado. La primera se llama biográfica, porque estará atenta a la persona humana y a la metodología de formación hoy; la segunda se llama catecumenal, que será fundamental para iniciar al laicado en la fe, y la tercera se llama permanente, necesaria para lograr un acompañamiento eficaz en la acción apostólica del laicado como discípulo y misionero.

3.1 La dimensión biográfica de la formación y sus métodos

Esta propuesta como bien lo dice el título general del trabajo de grado, se hace desde América Latina; por tal motivo la formación teológica o cristiana más adecuada del laicado, se debe hacer siguiendo la metodología de las ultimas conferencias episcopales de Latinoamérica y del Caribe: Ver-Juzgar-Actuar, que conduce a “contemplar a Dios en cada una de las realidades, para luego juzgarlas según Jesucristo; preguntarnos siempre: ¿Qué haría Jesús en este momento y ante esta situación? Y finalmente actuar desde la Iglesia e iluminados por la Trinidad” (DA 19.240). De esta manera el laicado podrá ver, analizar la realidad, escuchar la cultura contemporánea y pluralidad histórica; luego discernir a partir de la síntesis del mensaje cristiano que ya ha aprendido o ha estudiado; luego aplicar a esa realidad el Misterio de Dios, que es la revelación en Jesucristo y finalmente actuar con la

praxis cristiana en la Iglesia: sacramentos, moral cristiana, doctrina social, (cfr. García, 1998).

El anterior método llevará al laicado a ser el actor primero y principal de la propia formación, pues ya “nadie forma a nadie”; todos son sujetos; hoy se habla de acompañar procesos formativos, no imponiendo conocimientos, sino motivando, ayudando a descubrir, estimular, facilitar datos. “Formarnos en la vida, desde la vida y para la vida”; tenemos que vivir, pero es necesario reflexionar sobre lo vivido, para poder “crecer” en cuanto persona y en cuanto creyente. De otro lado, hay que tener en cuenta “al Maestro interior”, el Espíritu Santo, que ayuda a permear el Misterio de Cristo. (Calero, 1997, p.189).

El método original de formación nos lo da Jesús (*Jn*, 1,38), que realmente es la síntesis única del método cristiano: Una Pregunta: ¿qué buscan? Y una invitación: “Vengan y Vean”. Mirar, llamar por el nombre, crear fascinación que conduce al deseo de realización humana; simplemente conducir y acompañar procesos. Jesús une teoría y práctica hacia una formación integral; ese es el estilo y método de Jesús: vivencial, directo, cercano a las personas, y coherente; “se vuelve emblemático para los formadores y cobra especial relevancia cuando pensamos en la paciente tarea formativa que la Iglesia debe emprender en el nuevo contexto socio-cultural de América Latina”. (*DA*, 277). Los encuentros con el maestro deben abrir un auténtico “proceso de conversión, comunión y solidaridad” (*EAm*, 8).

Basado en el aporte de García (1985), vale la pena recordar aquí lo que ya se expuso en el primer capítulo de este trabajo, con respecto a la original metodología de Jesús Maestro. Sin duda alguna Él formó a sus primeros discípulos misioneros (*DA* 276). Su enseñanza no fue cerrada a un pequeño grupo, sino abierta a todas las naciones, (*Mt* 28,19). Nunca improvisó ni mucho menos se inventó algo, pues su única fuente era la Escritura y provocaba en sus discípulos la importancia de leerla: ¿no han leído? (*Mt* 19,4; 21,16.42; 22.31; *Mc* 2,25; 12,10.26; *Lc* 6,3). Otra característica bien novedosa de la enseñanza de Jesús, fue la doctrina moral, más no moralista, pues Él nunca condenó a la persona pecadora, sino al pecado: “Yo no vine a condenar, sino a liberar, a sanar, a salvar” (*Mt*

9,12-13). Basta con mirar las diferentes parábolas de la indulgencia del evangelista Lucas, para descubrir el deseo de Jesús de enseñar el Amor de Dios Padre Misericordioso. Jesús enseña una concepción universal de la familia (*Mt* 12,49); el nuevo sentido del Templo, que muy bien lo comprendió san Pablo, (*1Co* 3,16-17); y una última característica de la formación que Jesús impartió a sus discípulos, fue el Amor a los pobres, a los que sufren e incluso como gran novedad del Maestro de Nazareth “el amor a los enemigos” (*Mt* 5,44).

Cordovilla, (2005), afirma que “el ser cristiano es en definitiva para un cristiano la totalidad de la existencia”. En los momentos difíciles es cuando se abre ante uno el abismo de la existencia y sabemos por nosotros mismos que “todavía no hemos pensado lo suficiente, no hemos amado lo suficiente y no hemos sufrido lo suficiente” Los cristianos para serlo cabalmente tendremos que seguir pensando, amando y sufriendo.

El autor hace una interesante referencia al teólogo Rahner, para proponer un método teológico que consolide una eficaz formación cristiana del laicado, partiendo de la realidad que le circunda, para mirarla, comprenderla y transformarla o mejorarla y luego presenta las tres líneas maestras de la teología Rahneriana: El ser humano es capaz de Dios; Dios es capaz de llegar a ser humano y refleja la inseparabilidad del misterio de Dios y del misterio del ser humano pues “la teología es eternamente antropología y la antropología es eternamente teología” (p.245).

Se puede complementar con el aporte de Calero, (1997), al referir cuatro posibles métodos que lleven al laicado a una eficaz formación teológica: el discernimiento, (*1S* 3,10; *Lc*, 1, 34), para ir descubriendo en cada situación de la vida, lo que Dios quiere. Programación-realización y evaluación, de la formación integral del laicado. Revisión de vida, a través del ver-juzgar y actuar, aplicando principios y valores del Evangelio de acuerdo con las circunstancias del tiempo y del lugar. La corresponsabilidad eclesial, también programada y evaluada; no formarse para luego actuar, sino que la acción en sí misma, es ya acción formativa (p.201). De estos métodos hoy se valora especialmente el discernimiento, puesto que conduce a una eficaz “metamorfosis interior”, para conocer, comprender y decidir, (Castillo, 1984, p.64).

En síntesis, a ejemplo de Jesús es importante integrar fe-vida, cuando se logra una madurez espiritual auténtica, el laicado puede informarse, decidir, hacer crítica de sí mismo, discernimiento, liberación de todo fanatismo, disponibilidad para aprender, dominio de la agresividad y paciencia. El ser humano se hace cristiano de la racionalidad actual, del saber de tipo científico-natural e histórico, que se ha hecho impresionantemente grande en comparación con el de tiempos anteriores que era simple e ingenuo. El de hoy es un ser humano de saberes complejos. Hoy el laicado es “mayor de edad” en las cuestiones de fe, en la moral. Mayoría de edad significa, coraje para una libertad mayor. (cfr. *Rahner*, 1982; GS, 43).

3.2 Dimensión catecumenal de la formación del laicado

El campo de la iniciación cristiana es verdaderamente un ingrediente esencial del mandato evangelizador. La “nueva evangelización” tiene mucho que decir a este respecto, (*Lm* 18). Todo comienza cuando en la renovación litúrgica del Concilio Vaticano II, se hablaba ya de la iniciación a la fe como un todo y no algo fragmentado (*SC* 71; *DA* 287) y muchos especialistas en liturgia han acertado al llamar esta primera etapa de la formación cristiana como “el gran sacramento de la iniciación cristiana”, (cfr. Aldazábal, 1990). El núcleo de la formación es la iniciación a la fe como experiencia de vida cristiana. No puede haber una formación del laicado comprometido con la misión de la Iglesia y el mundo, sin una profunda iniciación al seguimiento de Cristo. El fundamento de toda formación cristiana, está en el diálogo entre Dios que llama a la persona interpelada y en el descubrir la propia vocación y misión, (Pinheiro, 1995, p.57).

La misión de la Teología, consiste en “transferir sin cesar, a la práctica más humilde la significación plena de la Palabra Revelada”; fue uno de los teólogos contemporáneos quien afirmaba:

Para ser apóstol, hay que ser primero teólogo” pero
teólogo por vocación a ser discípulo y misionero del
Señor en medio del mundo, pues únicamente quien ha

sido capaz de pensar lo más profundo, tiene después capacidad para vivir y anunciar el mensaje evangélico; sólo aquel que busca profundizar en la entraña del amor divino, tal como ha sido manifestado por Cristo, a través de la meditación cristiana, de la especulación teológica y de la oración, puede tener una verdadera incidencia y repercusión en la vida del mundo. (Cordovilla, 2006, p.78).

Sin perder el principio comunitario ya citado en los anteriores capítulos, es importante afirmar ahora que una auténtica formación del laicado en lo fundamental de la teología, se ha de presentar en “clave de comunión” Dios-seres humanos y desde luego que esta clave la encontramos en la profesión trinitaria de la fe o credo; de esta manera “la teología se enraíza en la vida interna del Pueblo de Dios y en su vocación misionera”. La fe interpela a la inteligencia creyente, poniendo ante ella verdades que superan su capacidad, pero afectan al destino del ser humano y el camino para alcanzarlo, que no es más que el seguimiento de Jesús; “la fe invita a abrazar la verdad y a reflexionar sobre lo mismo”, es adhesión y es búsqueda” (cfr. Extremeño, 1991).

El encuentro con Jesucristo vivo, da origen a la iniciación cristiana; todo empieza por el *Kerigma* o anuncio fundamental, fundamentado en la Palabra de Dios, que lleva a un encuentro con Cristo, (cfr. Nery, 2007); luego viene la conversión, después la experiencia del discipulado en la comunión y finalmente la acción misionera. El mejor lugar o espacio para la iniciación cristiana, es la comunidad parroquial, pues en ella está toda posibilidad de celebrar los sacramentos, teniendo como centro a Jesucristo y como espíritu de oración, la Palabra, la confesión, la Eucaristía, la vida comunitaria; esto todo se va dando en un aprendizaje gradual en el conocimiento, amor y seguimiento de Jesucristo. (DA, 27. 291).

La formación del laicado en la iniciación cristiana, proporciona el fundamento de toda la vida cristiana y es así que el laicado renace en el bautismo, para hacerse plenamente humano; se fortalece en la confirmación, para forjarse enteramente creyente y se alimenta

en la Eucaristía, haciéndose copiosamente misionero. (cfr. *CCE*, 251). El laicado por el bautismo, la confirmación que sobre todo por la Eucaristía, es discípulo y misionero y se forma con un corazón universal, abierto a todas las culturas y a todas las verdades, cultivando su capacidad de contacto humano y de dialogo. (*DA*, 377).

La Enseñanza de la Iglesia fundada en la Sagrada Escritura y en la Tradición, declara que la formación en la iniciación cristiana, será el núcleo permanente en torno a cuatro elementos: Credo, lo que se debe creer; la oración, especialmente el Padre Nuestro, lo que se debe esperar; el Decálogo o los mandamientos, lo que se debe hacer; y el espacio vital en el que todo debe cumplirse, los sacramentos. (Ratzinger, 1985, p.81). La incorporación bautismal hace que el creyente de forma clara y definitiva, se una vitalmente a Cristo y es una incorporación comunitaria, puesto que se une a Cristo, a los hermanos y a la Iglesia. (Calero, 1997, p.194).

3.3 Dimensión permanente de la formación del laicado

Es indudable que la formación es una necesidad imprescindible del ser humano, ya que incentiva sus potencialidades y sus responsabilidades. A partir de esto cada sector del Pueblo de Dios debe ser formado de acuerdo a su vocación y al ministerio pastoral al cual fue llamado:

El obispo, al ministerio presidencial para edificar la comunidad; el presbítero, para ejercer la caridad pastoral al servicio del sacerdocio común del laicado; los consagrados, al seguimiento radical del maestro; los diáconos permanentes, al servicio vivificante, humilde y perseverante y el laicado, con su gran misión evangelizadora, de construir el Reino de Dios en la secularidad. (Lima, 2007, p.72).

En el anterior aparte se expuso la necesidad de una formación inicial a la fe, cuyo fruto ha de ser un verdadero cambio de vida. Ahora se presenta el gran valor de una formación permanente, cuyo fruto será la purificación profunda del creyente; recordemos testimonios como el magnífico de San Pablo (2Co 12,7-10); o la vida de San Agustín o Thomas Merton, entre otros. “Si la forma del Crucificado caracteriza la fase formativa, la forma del Resucitado caracteriza el final de la transformación”, (Cencini, 2005 p.398). Consta en el Evangelio que Jesús llamaba a sus discípulos, los formaba y luego los enviaba, pero ellos al cumplir la misión encomendada regresaban al lado de su maestro Jesús, para descansar un poco y seguramente para evaluar los logros y las debilidades del apostolado, para aprender más y poder servir mejor (Lc, 10, 1-24; Mc, 6, 30-34).

La formación permanente se puede comparar a la imagen de quien se propone construir una edificación. Un constructor luego de terminar la obra e inaugurarla, sólo queda en el recuerdo. La Palabra de Dios nos muestra en cambio a un Constructor Único; (Mc 16,18; Jn 15; Ef 2,20; 4,12-15; 1P; 2P 3,18). Jesús construye su Iglesia sobre la roca de Pedro y esta construcción no tiene caducidad, y ni siquiera el mal la podrán destruir, puesto que la vida cristiana, siempre será un “Continuo Crecer en Cristo” (Ga 4,19). La alegoría de la Vid y los Sarmientos, nos indica que el amor por los hermanos cristianos de cada uno es esencial para la supervivencia de la Iglesia. Los cristianos nacen a través de la fe en Jesús y a Él deben continuar vinculados para permanecer con vida. Jesús es sin lugar a dudas “el principio vitalizador que siempre permanece y es necesaria la relación personal y duradera con el Dador de Vida que viene de Dios”. (Brown, 1986, p.87).

La Enseñanza del Vaticano II, resalta el cambio de época en que hemos entrado; estamos ante una verdadera “metamorfosis cultural y social” (GS, 4). La cultura agrícola, llevó al ser humano a una vida estática; hoy la cultura tecnológica invita a la persona humana a una vida dinámica y evolutiva, todo no está hecho, ni terminado; por lo tanto el laicado ha de estar siempre en una actitud de apertura y desarrollo constante. De hecho el Papa Benedicto XVI, en la apertura de la Quinta Conferencia del Episcopado Latinoamericano, la define como “el itinerario permanente”, que acompaña la formación

del laicado en todo “el arco de la vida”, desde la infancia, hasta la ancianidad, cuyo único fundamento ha de ser la Palabra de Dios, (DA 298).

Aparecida utiliza el término “acompañar” para referirse a la formación permanente, que clásicamente se le llamó “puesta al día”. El documento propone acompañar al laicado en todo el proceso de discipulado misionero, en cada período o situación de la vida y luego en cada acción misionera específica que los ubique la propia vocación. Este acompañamiento misionero se hace siguiendo las enseñanzas de la Iglesia, con actitud permanente, con gestos concretos, (DA 280^a 282. 397. 437).

Cencini (2005), en referencia a la formación permanente de los presbíteros, escribía que para formarse como sacerdote bastaría tres meses, pero para formar hombres creyentes no “basta con el tiempo”, es un trabajo arduo y nunca terminado, (p.6). Considero que después de todo lo que se ha dicho, esta afirmación bien puede aplicarse al laicado: “formación permanente es la disponibilidad de la mente y del corazón a dejarse formar por la vida, a lo largo de toda la vida, a partir del pasado y de la experiencia” (p.149). Formación permanente, quiere decir esencialmente iniciativa, sentido emprendedor, sujeto abierto a la realidad, capaz de captar el “instante que huye”; formar en el laicado una disponibilidad responsable frente a su propia formación y suscitar en él la libertad de dejarse formar para la vida, para toda la vida y en todo lugar, (p.47.).

Esta “evolución dinámica de la Persona Humana”, exige no sólo la formación básica del laicado sino además de una formación continuada siendo conscientes que se ha dado un paso trascendental de una eclesiología de corte vertical y jurdicista, a otra de plena y operante comunión y participación entre todos los miembros de la Iglesia y por eso mismo de “corresponsabilidad irrenunciable”; dicho de otra manera: “El laicado, requiere de una formación teológica continuada, cuyo fruto será, una eficiente comunidad corresponsabilizada” (Calero, 1997, p.187).

En síntesis la Iglesia presenta la gran necesidad de una formación permanente, humana, espiritual, intelectual y pastoral, para que ilumine constantemente el trabajo, la cultura, las ciencias, el arte, la política, los medios de comunicación social, la economía, la familia y la educación. (LG, 31.33; GS, 43; AA, 2). Los ejes de esta formación permanente deben ser: la experiencia religiosa, la vivencia comunitaria, la formación bíblico –doctrinal y el compromiso misionero. Una formación teológica permanente y dinámica de acuerdo con el proceso y desarrollo de las personas y al servicio que están llamadas a prestar en medio de las exigencias de la historia. (DA, 226.279).

Un laicado bien formado y sobretodo acompañado de la formación permanente, podrá hacer siempre contribuciones significativas al crecimiento religioso de la comunidad, pues muchos laicos después de haber sido instruidos son capaces de enseñar ellos mismos, no sólo transmitiendo aquello que recibieron, sino haciendo sus propias contribuciones. (Brown, 1986, p.45).

Síntesis conclusiva

Este último capítulo ha propuesto unos posibles acentos que favorezcan la adecuada formación del laicado para ser sujeto activo en la misión evangelizadora de la Iglesia en el mundo de hoy. Sin duda alguna es conveniente formar primero a la persona, en su sentido humano, teniendo en cuenta que desde la antropología cristiana, la vida humana es primero un don y luego una tarea. Al formar al hombre, se entra a formar al creyente a partir de los valores del Evangelio, llevándolo al conocimiento, lectura orante y vivencia la Palabra de Dios. Seguidamente es menester que el laicado se introduzca en la Enseñanza de la Iglesia, pues a través de ella se interpreta auténticamente la Divina Revelación, haciéndola viva y operante en cada época y en cada cultura. Con seguridad el mejor método de formación nos lo da Jesús: llamar, formar, enviar y acompañar. Jesús cumpliendo el mandato del Padre llamó a sus discípulos, primero para que estuvieran con Él, para que hicieran vida con Él, (Jn 1,39). Después los formó dándoles a conocer todo lo que Él había aprendido del Padre, (Jn 15,15) y finalmente, les prometió no dejarlos solos, sino acompañarlos siempre en la labor misionera y “hasta el fin de los tiempos”, (Mt 28, 20). En

este aparte se ha marcado la importancia del catecumenado como proceso indispensable para la iniciación a la fe, siendo un proceso integral sin fragmentaciones como se ha seguido hasta ahora, por lo que hoy se habla de manera sabia del “gran sacramento de iniciación cristiana”. Bautismo, Confirmación y Eucaristía se articulan como un solo sacramento, que conduzca al laicado en verdad a ser persona humana, creyente y discípulo misionero. La formación permanente o “acompañamiento misionero”, es de sumo valor a ejemplo del mismo Resucitado, que acompañó el proceso evangelizador de sus discípulos a quienes antes había enviado, (*Mc* 16,9-20; *Lc* 24, 13-49; *Jn* 20 y 21).

Esta formación propuesta, conduce a dar un salto de la tinta a la acción, de la teoría a la práctica, se debe aterrizar a una formación para la unidad, (*ChL* 59), articulando las dimensiones teoría y práctica y así el laicado queda habilitado para desempeñar bien su misión, en este sentido debe ir la reflexión teológica pastoral desde América latina, (*Pinheiro*, 1995, p.62). Luego, más que salto de la teoría a la praxis, es integrarlas. La praxis de Cristo está en los evangelios que es el fundamento de toda praxis. Hoy se habla de teología práctica, cuya raíz es Cristo y cuya experiencia se da en la Iglesia. De hecho las conferencias latinoamericanas, hicieron especial énfasis, no en lo meramente teórico, sino eminentemente en lo práxico pastoral, (Cadavid, 2010, p.118).

CONCLUSIÓN GENERAL

En el primer capítulo, se ha verificado que Jesús fue el auténtico formador de discípulos misioneros, ejemplo que asumieron los Padres apostólicos y los Padres de la Iglesia. Desde Constantino hasta Trento no hubo lugar privilegiado para la formación del laicado. Afortunadamente el Concilio Vaticano II recuperó al laicado como sujeto activo en la misión de la Iglesia y corresponsable de la evangelización en el mundo. Los documentos eclesiales latinoamericanos y la *Chiristi Fideles Laici*, llaman al laicado a descubrir y vivir su propia vocación y misión. En el segundo capítulo, se ha profundizado en los fundamentos básicos de la teología del laicado: su dignidad derivada del Bautismo y sus implicaciones; su vocación al discipulado misionero y la acción misionera para ser testigos de la acción evangelizadora en el mundo. Por último en el tercer capítulo, se propuso acentuar la formación teológica del laicado primero como persona humana, luego como creyente y finalmente potenciar la persona creyente para ser discípulo y misionero, capacitado lo suficiente para continuar la misión de Jesús en el mundo, (DA18).

La evangelización de nuestro continente no se puede hacer sin el laicado. Nunca mirando en ellos a unos simples colaboradores o auxiliares, ¿pues ellos a quién colaboran? ¿Acaso no es su deber? El pueblo de Dios somos todos y todos nos apoyamos y somos corresponsables en primera persona de la evangelización. El laicado debe capacitarse para buscar las mediaciones más adecuadas, para ayudar a que el ser humano responda a la iniciativa de Dios, acercarse a Él para salvarlo. Hoy más que nunca una auténtica formación se da no sólo en conocimientos teóricos, sino sobre todo en la manera de vivir, especializarse en el arte del buen vivir. Vale la pena citar a Cencini (2005), quien habla de un modelo nuevo de formación llamado de “integración”, que consiste en formar la capacidad de construir y reconstruir, componer y recomponer la propia vida, teniendo como centro el misterio pascual, (p.152).

Uno de los logros más significativos en el desarrollo de la investigación ha sido encontrar temas de mucha profundidad y actualidad. El laicado debe formarse en el

principio comunitario, en donde todos se capacitan para un único principio de acción y todos se edifican. La formación especializa al laicado no en algo, sino en Alguien, en una persona concreta y unidos todos a esa persona construimos la totalidad y nos formamos especialmente para estar con Él. La dignidad, la vocación y la misión se concretan en la corresponsabilidad, pues cada laico es responsable con los otros de la misión de la Iglesia. El laicado debe reconocer su primacía dentro de la Iglesia, como primer sujeto de servicio, potador de la Palabra, agente de reconciliación y artífice de comunión. Por último se resalta el aspecto del discernimiento cristiano, por el cual el laicado podrá conocer, comprender y decidir.

Por ser una investigación básica y de nivel exploratorio, son muchos los temas que quedan abiertos a nuevas investigaciones y profundización. Uno de ellos es la teología del laicado, que como bien se hace mención en el segundo capítulo, se perfila como instrumento básico para la nueva evangelización. La iniciativa de integrar los tres primeros sacramentos en un único y gran sacramento de iniciación cristiana, amerita un especializado proceso de investigación, que los agrupe sin afectar la identidad singular de cada uno de ellos.

Finalmente este estudio se ha hecho con relación al mundo que circunda la vida cotidiana del laicado. Si la formación del laicado asume las claves teológicas sugeridas; si apunta con certeza hacia los horizontes formativos propuestos y si se fortalecen cada vez más las dimensiones insinuadas, el laicado logrará entrar en relación con el tipo de ambiente en que desenvuelve todas sus actividades. Hoy se habla de una aldea global, pero plural y el laicado formado adecuadamente, podrá iluminar y dar sentido a los ambientes oscuros y mundanos, llevando un testimonio existencial, vibrante y alegre. Esta formación lo capacita para entrar en diálogo, apertura a los otros, trabajar en equipo, tener capacidad de asumir responsabilidades, saber enfrentarse a situaciones desconocidas y conflictivas, aceptación del fracaso y frustración, no crear dependencias.

También es importante que el laicado se forme para una cultura marcada por los medios de comunicación social y por un pluralismo bien marcado, donde ya no hay una

palabra única, ni una lengua única, ni una sola opinión posible sobre lo que sea. Y aunque el pluralismo puede conducir a la indiferencia, se abre a la tolerancia y a la libertad. Una cultura que valora la autonomía de las personas, el derecho a su opinión y a sus convicciones, una cultura democrática que valora la participación, una cultura pragmática y crítica. Finalmente, la formación teológica del laicado en esta época, es un imperativo, pues la historia está cambiando, el proyecto histórico social está en avance acelerado y en esta construcción se puede ser sujeto u objeto, espectador o actor.

BIBLIOGRAFÍA

1. FUENTES PRIMARIAS

MAGISTERIO

Biblia de Jerusalén. (1975). Bilbao: Descleé de Brower.

Concilio Ecuménico Vaticano II. (2004). Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.

Catecismo de la Iglesia Católica. Compendio (2005). Bogotá: Conferencia Episcopal de Colombia.

Juna Pablo II. (2009). *Exhortación Apostólica Post-sinodal. Los fieles laicos.* Bogotá Paulinas.

_____. (1999). *Exhortación Apostólica Postsinodal Ecclesia in America.* Ciudad del Vaticano: Editrice Vaticana.

_____. (2001). *Carta Apostólica de S.S Juan Pablo II al concluir el gran jubileo del año 2000. Novo Millenio Ineunte.* Bogotá: Paulinas.

Pontificio Consejo para los Laicos. (1979). *Elementos para una teología del laicado.* Ciudad del Vaticano: PCL.

Conferencia Nacional do Bispos do Brasil, CNBB. (1986). *Leigos a participacao na igreja : Reflexao sobre a caminhada da Igreja no Brasil.* Sao Paulo: Paulinas.

Consejo Episcopal Latinoamericano. (2004). *Las cuatro Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano y del Caribe.* Bogotá: CELAM.

Consejo Episcopal Latinoamericano, CELAM. (2007). *Documento conclusivo de Aparecida*. Bogotá: CELAM.

Pablo VI. (1976). *Ecclesiam Suam*. (4ª ed). Bogotá: Paulinas.

_____. (1989). *Anuncio del Evangelio hoy. Evangelii Nuntiandi*. (12ª ed.) Bogotá: Paulinas.

Benedicto XVI, Papa. (2010). *Exhortación apostólica postsinodal Verbum Domini. La Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia*. Bogotá: San Pablo.

Sínodo de los Obispos. (2012). *Lineamenta. La Nueva Evangelización para la Transmisión de la Fe Cristiana*. Recuperado de www.vatican.va

Sínodo de los Obispos. (2012). *Instrumento Laboris. La Nueva Evangelización para la Transmisión de la Fe Cristiana*. Recuperado de www.vatican.va

LIBROS

Bravo, A. (2006). *El estilo pedagógico de Jesús maestro*. Bogotá: CELAM.

Brown, R. (1986). *Las iglesias que los apóstoles nos dejaron*. Bilbao: Desclée de Brouwer.

Calero, A. (1997). *El laico en la iglesia. Vocación y misión*. Madrid: Editorial CCS.

Congar, Y. (1963). *Jalones para una Teología del Laicado*. Barcelona: Estela.

Espeja, J. (2010). *La Encarnación Continuada*. Salamanca: San Esteban.

Lohfink, G. (2004). *La iglesia que Jesús quería. Dimensión comunitaria de la fe cristiana*. (5ª ed). Bilbao: Desclée de Brouwer

Pie-Ninot, S. (2007). *Eclesiología. La sacramentalidad de la comunidad cristiana*. Salamanca: Sígueme.

2. FUENTES SECUNDARIAS

LIBROS

Blank, R. (2006). *¿Ovelha ou Protagonista?* São Paulo: San Pablo.

Cadavid, A. (2010). *El camino pastoral de la Iglesia en América Latina*. Bogotá: San Pablo.

Castillo, J.M. (1984). *El discernimiento cristiano*. Salamanca. Sígueme.

Cencini, A. (2005). *El árbol de la vida*. Madrid: San Pablo.

Danielau, J. (1964). *Los seglares y la misión de la iglesia*. Madrid: Euramérica.

De Lubac, H. (2002). *Paradoja y misterio de la iglesia*. Salamanca: Sígueme.

Dupuis, J. (2000). *Hacia una teología cristiana del pluralismo religioso*. Bilbao: Sal Terrae.

Estrada, J.A. (1991). *La identidad de los laicos*. Madrid: San Pablo.

Extremeño, C. (2005). *Eclesiología. Comunión de vida y misión al mundo*. Salamanca: San Esteban.

Gevaerth, J. (1991). *El problema del hombre*. Salamanca: Sígueme.

Martínez, H.O. (2006). *El discipulado en el Evangelio de Marcos*. Bogotá: CELAM.

Newman, J.H. (1964). *Pensamientos sobre la Iglesia*. Barcelona: Estela.

Patiño, J. (2005). *Los Padres de la Iglesia*. Bogotá: San Pablo.

Pelliteros, R. (2007). *Ser iglesia haciendo el mundo. Los laicos en la nueva evangelización*. San José de Costa Rica: Promesa.

_____. (1996). *La teología del laicado en la obra de Yves Congar*. Pamplona. EUNSA.

Pinheiro, J.E (1995). *Formação dos cristãos*. Leigos. São Paulo. Paulinas.

Prado, J.H. (2011). *Formación de discípulos*. Bogotá: San Pablo.

Ratzinger, J. (1985). *Informe sobre la fe*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.

Suenens (1968). *La corresponsabilidad en la Iglesia hoy*. Bilbao: Descleé de Brouwer.

ARTÍCULOS

Aldazábal, J. (1990). La dimensión trinitaria de la confirmación. *Phase*, (30), 185-209.

Bravo, C. (1988). Laicos con espina dorsal. *Chiristus*. 53 (617-618), 14-26

Caliman, C. (2008) a eclesiologia da aparecida. Implicações para a pastoral e catequese. *Revista da Catequese*. 31 (122), 29-39.

Cartagena, A. 2001. La formación del laicado. *Seminarios*. 159 (47), 51-65.

- Catão, F. (2008). As bases teológicas da iniciação cristã. *Catequese*. 31 (122), 6-17.
- Coba, R. (1993). Ser y misión del laicado. *Boletín CELAM*. (256), 6-13.
- Congar, Y. (1992). La Iglesia como Pueblo de Dios. *Selecciones de Teología*. 31 (121), 45-50.
- Cordovilla, A. (2005). Teología de Rahner. *Estudios Eclesiásticos*. 313 (80), 247-261.
- Op.cit. (2006). Teología de Balthasar. *Communio*. (1), 77-90.
- Danielau, Jean. (1988). Laicos y laicidad en la iglesia. *Páginas*. 13 (89-90), 91-122.
- Extremeño, C. (1991). La vocación del teólogo. *Studium*. (31), 3-26.
- García, C. (1998) :a formación de los laicos. *Surge*. (86), 139-150.
- García, M. (1985). Originalidad del mensaje de Jesús. *Ciencia Tomista*. 112 (368), 437-496.
- Gaudemer, J. (1985). Los laicos en los primeros siglos de la Iglesia. *Comunio*. 7 (6), 506-517.
- Gollarte, P. (2007). Discipulado e missao. Dimensao de espiritualidade. Revista de *Catequese*. 30 (117) 26-34.
- Gómez, M. (2008). Formación de los laicos. *Cuestión Social*. 16 (1-4), 215-222.
- Lima, L. (2007). A formação do discípulo. *Catequese*. 30 (17), 72.

- Madrigal, S. (2004). El coraje de un cristiano decididamente eclesial. *Razón y Fe*. 1266 (249), 315-337.
- Mary, Ann, G. (2003). La hora del laico. *Criterio* (2283), 279-285.
- Mesters, C. (1992). Eclesialidade e missão. *Convergência*. 27 (255), 430-444.
- _____. (2010). Jesús Maestro. *Espiritualidade Inaciana*. (79), 74-82.
- Miranda, A. (2005). Piensa, habla, haz bien y acertarás. *Misión Joven*. (45) 26-32.
- Nery, J. (2007). Iniciação cristã no Documento da Aparecida. *Catequese*. 30(119), 19-27.
- Newman, J.H., 1991. Una vida para la Iglesia. *Communio*. 1(13), 86.
- Parra, A. (1987). Condiciones mínimas para que el laicado sea Iglesia. *Theología Javeriana*. (37), 179-197.
- Pelliteros, R. (2004) La contribución de Yves Congar a la reflexión teológica sobre el laicado. *Scripta Theológica* 36 (2), 471-507.
- Rahner, K. (1982). El cristiano mayor de edad. *Razón y Fe*. 1004 (205) 33-43.
- Rezende, E. (2007). A eclesiologia da comunhão de Yves Congar e sua Relevância para la Igreja de Hoje. *Atualidade Teológica* 11 (26), 157-193.
- Riches, J. (1997). El judío Jesús. *Concilium*. 33 (269), 75-85
- Ruíz J. (2002). Formación del Laicado. *Misiones Extranjeras* (187), 29-32.

Silber, S. (2006). La misión de los laicos. Renovar la faz de la tierra. *Alternativas*. 13/2 (52), 145-164.

Sobrino, J. (2004) Sobre Rahner. *Páginas*. 189 (29), 18-35.

Vecci, J.A. (1992). Educación y corresponsabilidad de los laicos. *Misión Joven*. (182), 27-38.